

BOLSILIBROS
BRUGUERA

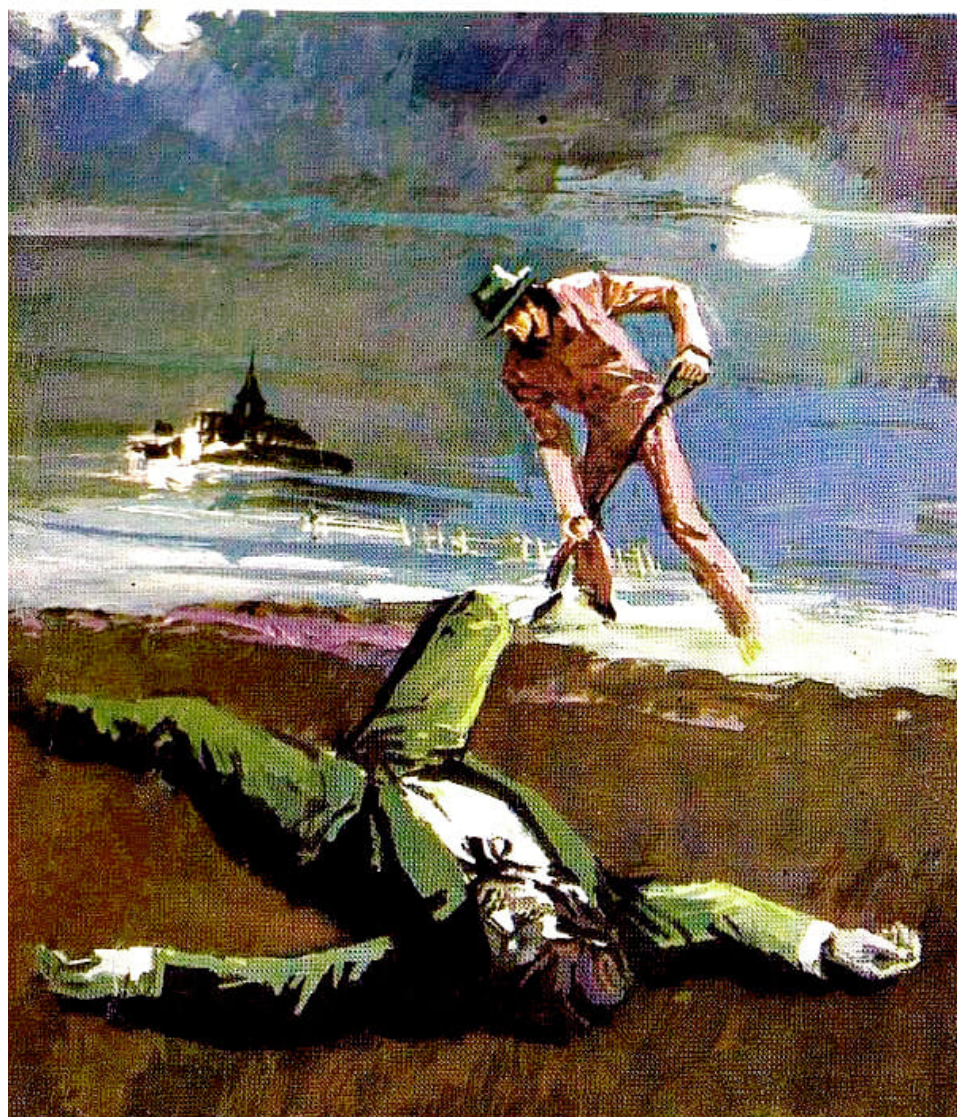
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

el muerto se está quejando

KEITH LUGER



Walt Shannon estaba bajo la ducha.

Media hora antes había tomado posesión de aquella habitación, la número 124 del hotel Palmera.

Sólo había visto de la ciudad lo que vislumbró a través de las ventanillas del taxi que le condujo desde el aeropuerto hasta el hotel.

Oyó que la puerta del apartamento se abría y supuso que se trataba del camarero. Le había dicho que se llamaba Tom.

—¿Eres tú, Tom?



Keith Luger

El muerto se está quejando

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1263

ePub r1.0

Lds 14.06.18

Título original: *El muerto se está quejando*

Keith Luger, 1974

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Walt Shannon estaba bajo la ducha.

Media hora antes había tomado posesión de aquella habitación, la número 124 del hotel Palmera.

Sólo había visto de la ciudad lo que vislumbró a través de las ventanillas del taxi que le condujo desde el aeropuerto hasta el hotel.

Oyó que la puerta del apartamento se abría y supuso que se trataba del camarero. Le había dicho que se llamaba Tom.

—¿Eres tú, Tom?

—Sí, señor. Le traigo el *whisky* que pidió.

—Déjalo sobre la mesa y atrapa los cinco dólares que he dejado para ti.

—El señor es muy amable.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y se podía oír perfectamente.

—Tom, quiero hacerte una pregunta y la respuesta queda incluida en los cinco dólares.

—Sí, señor Shannon.

—¿Conociste a un huésped llamado Clark Denton?

—¿Ha dicho Fenton?

—No, Tom, Clark Denton.

—No me suena.

—Estuvo cuatro días en este hotel, habitación 239, un tipo tan alto como yo, moreno, de ojos negros, mejillas chupadas. Tenía el vicio de tocarse el puente de la nariz cuando no encontraba la palabra justa durante su conversación.

—Lo siento, señor Shannon, pero no recuerdo al señor Denton. Quizá si pregunta a otro empleado...

Walt notó que Tom quería eludir el tema.

—Bueno, Tom, volveré a hablar contigo en otro momento.

—Sí, señor Shannon. Estaba pensando que quizá le interesaría conocer a una linda muchacha.

—Gracias, Tom, pero me gustará ser quien elija a una de las lindas muchachas de esta ciudad.

—Como quiera, señor Shannon. Sólo quería hacerle un favor.

—Desde luego, Tom, desde luego.

Shannon oyó que el mozo se retiraba.

Entonces le dio fuerza a la llave del agua fría.

Transcurrieron cinco minutos y al fin cerró la llave y salió del baño cubriéndose con la toalla. Se miró al espejo. ¿Quién había dicho que estaba pasado? Llevaba airoosamente sus treinta y cinco años. Estaba en la plenitud de su vida y ahora podía apostar a que resultaba mucho más atractivo para las mujeres que cuando hizo el servicio militar en Hawai. Los rasgos de su cara habían adquirido un poco más de dureza al correr de los últimos quince años, pero eso era lógico. Habían sido quince años de vida intensa y estaba seguro de que sus ojos habían adquirido mucho más brillo que cuando le quitó la novia al sargento de su compañía.

Se frotó vigorosamente y cubrióse con camisa blanca, pantalón gris y zapatos de rafia.

Salió a tomar su *whisky*, pero se quedó quieto al ver que tenía visita. Eran dos hombres.

Uno estaba junto a la puerta y era grandote, de nariz chata y labios gruesos.

El otro poseía cabello rubio, ojos verde claro y se cubría con un traje de paño tropical y sombrero de paja con cinta morada. Había tomado posesión de un sillón y descalzado de un zapato que le apretaba.

—A mí me pasó igual cuando me compré un número de zapato inferior al que debía llevar —dijo Shannon.

El rubio sacudió la cabeza.

—Sí, amigo, tiene razón. Duele mucho cuando se compra uno el zapato que no debe.

Estoy deseando llegar a casa para tomar un baño de pies.

Shannon avanzó hacia la mesa y tomó su *whisky*.

—Por mí puede usted ir a su casa, amigo. No me gustaría que

por mi culpa sufriese más daño.

El rubio sonrió.

—Acertaron los que me dijeron que usted tenía sentido del humor, Shannon.

—¿Puedo saber quiénes fueron sus informantes?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Unos policías.

—Grandes amigos míos.

Shannon bebió el contenido del vaso y lo dejó sobre la mesa.

—¿Seguimos hablando del pie? —señaló al rubio—. Le contaré lo que me pasó una vez en Nicaragua... Hacía un calor horroroso. Yo estaba en la selva.

—Déjelo para otro día, Shannon.

—Como guste. Sólo trataba de amenizarle el rato y hacerle olvidar sus dolores.

—Me lo amenizará mejor si atiende mi consejo.

—Bravo, amigo. No esperaba que tan pronto me diese un consejo. Aún no hace una hora que mi avión se posó en la pista.

—Aquí somos así de rápidos.

—Adelante. Venga el consejo.

—Se le arruinó el negocio, Shannon. Aquí no tiene nada que hacer.

—Me parece que no le comprendo.

—Me comprende perfectamente, Shannon. Sabemos quién es usted.

—Eso me parece magnífico. Ustedes saben quién soy yo, pero siento decirles que no estamos a la recíproca.

—Oh, sí, disculpe —dijo el rubio—. Nos presentaremos. Soy Nell Sparks, teniente de policía, y aquél es Char Stanhope, un agente a mi servicio.

—Tengo por costumbre pedir a la policía que se identifique mostrándome sus credenciales.

El grandullón que había sido presentado como Char Stanhope se apartó de la puerta y cerró la mano izquierda, al tiempo que emitía una especie de gruñido.

—Parece que su perro de Terranova se inquieta, teniente —dijo Shannon.

El agente se puso a andar, pero el rubio levantó una mano y le detuvo con un gesto.

—Espera, Char.

—Me ha dicho perro.

—Estoy seguro de que se habrá oído cosas peores. Pero, de todas formas, le presento mis disculpas, señor Stanhope: Usé las palabras metafóricamente.

El rubio metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo su cartera que alargó a Walt.

—Haga la comprobación.

Shannon leyó la credencial. Efectivamente, aquel hombre no le había engañado. Era el teniente de policía Nell Sparks. Shannon le devolvió la cartera.

—Que yo recuerde, nunca he tenido que ver con la policía de esta ciudad. Siempre tuve deseos de llegarme a conocer su magnífica playa, teniente, pero hasta ahora nunca vi mi deseo satisfecho.

—Eche una mirada a la playa desde la terraza, si es que no lo hizo antes. Luego meta sus cosas en la valija y lárguese.

—¿Por qué he de hacer eso, teniente?

—Porque le conviene.

—Le diré otra de mis costumbres, teniente. Cuando adopto una decisión, siempre la justifico con razones.

—Yo le ofreceré gratuitamente las que necesita para que adopte la decisión de marcharse.

—Le escucho, teniente.

—Usted no conseguirá nada aquí. Sabemos quién es. No crea que procedo por cuenta propia. Personalmente, me importa un rábano que usted se encuentre en la ciudad y que al fin haya logrado ver nuestra playa... Pero tiene usted muy mala fama, Shannon. Los propietarios de las casas de juego de la ciudad fueron informados de que usted había llegado aquí.

—Al parecer, se enteraron muy pronto.

—Los dueños de los clubs tienen una especie de convenio con las compañías aéreas y reciben de ellas las listas de los pasajeros que componen cada vuelo.

—Comprendo.

—No se lo recrimine. Ellos sólo defienden su negocio. Usted es un tipo no grato, Shannon. Fue expulsado de Las Vegas, de Reno, de Dessert Center y de otras localidades en donde se juega. Siempre

armó jaleos y, por regla general, produjo daños.

—¿Es todo lo que tiene contra mí, teniente?

—Usted es un hombre inteligente, Shannon, y por eso le estoy hablando claro. Usted tiene mala Prensa, como se dice en el argot artístico. No conseguirá nada quedándose. Los detectives privados de los clubs están advertidos. No le dejarán entrar en ninguno, y suponiendo que logre introducirse en cualquiera de ellos, los propietarios han adoptado medidas de emergencia.

—Oh, sí, comprendo. Si logro introducirme en uno de los garitos de esta ciudad, surgirán matones como hongos. Me sacarán del local en que me encuentre enseñándome el hocico de una pistola, luego me llevarán lejos de la ciudad y me quitarán de la cabeza la idea de continuar aquí mediante una buena paliza.

—Es usted muy crudo, Shannon.

—Sólo soy un hombre que tiene los pies sobre la tierra, teniente. El teniente hizo una mueca.

—No me hable de los pies. —Se tocó el derecho—. Me sigue doliendo una condenación.

Se puso el zapato mientras se mordía el labio inferior. Después de atarse el cordón se levantó. Trató de dar un paso y lo hizo cojeando.

—Celebro haberle conocido, Shannon. Buen viaje de regreso.

—No me marchó.

Nell se detuvo en su camino hacia la puerta y miró a Walt con las cejas enarcadas.

—Shannon, ¿por qué no es sensato?

—Le voy a sorprender, teniente. No vine a su ciudad a jugar.

—Cuénteme ahora el de Caperucita.

—Comprendo que no me pueda creer teniendo en cuenta mi fama como jugador. Pero es la verdad.

El teniente miró a Char, el cual ya había guardado la lima de las uñas y ahora tenía los dos puños cerrados, listo para intervenir.

—Yo no haría eso, teniente —dijo Shannon.

Nell Sparks se echó a reír rascándose una mejilla.

—No es lo que usted cree, Shannon. No le estaba haciendo ninguna señal a Char para que le golpease.

—Lo celebro.

—Realmente, usted me ha sorprendido con sus palabras. ¿Quiere

hacerme creer que vino de verdad a conocer nuestra playa?

—No, Sparks.

—¿Cuál es el motivo, entonces?

—Vine en busca de un hombre.

—Eso también es nuevo. Según mi dossier, usted tiene dos pasiones: el juego y las mujeres.

—No haga chistes malos, teniente.

—Perdone, Shannon. No he estado a la altura de su cerebro. ¿Y quién es ese hombre que dice haber venido a buscar?

—Clark Denton.

—¿Clark Denton?

—Sí.

—No me gusta que me tomen el pelo —dijo el teniente—. No, no me gusta, Shannon.

—No le estoy mintiendo, teniente. Es la pura verdad.

Stanhope rompió a reír.

—Ya le dije antes de llegar aquí que no se debía fiar de él, teniente. Este tipo se cree muy duro. Y sólo es un desvergonzado tahúr, jefe. Yo sé cómo tratar a los de su clase.

—Está enfadando a Stanhope, Shannon.

—¡Qué pena! ¿Verdad? —repuso Walt.

Deberá cambiar de actitud.

—Yo no les mandé llamar, teniente. Ustedes vinieron por su cuenta. Soy un ciudadano libre y tengo derecho a permanecer en esta ciudad. Ya he hecho demasiado comunicándoles el motivo que me trajo aquí.

—Clark Denton es fácil de encontrar —habló el teniente—. Sólo tiene que ir al cementerio, porque está muerto.

CAPÍTULO II

Después de las palabras del teniente, se había hecho un silencio en la estancia.

—¿Cuándo murió? —preguntó Shannon.

—Hace cuatro días.

—Pobre Clark... Su corazón no iba bien. Le comenzó a fallar hace cinco años. Él y yo estábamos en Chile. Entonces sufrió la primera trombosis coronaria, pero se pudo librar.

—Denton no murió de trombosis coronaria.

Shannon arrugó el Ceño.

—¿No, teniente?

—No.

—¿Qué fue, entonces?

—Conducía como un loco y estaba bebido. El resultado fue que él y el coche que tripulaba se hicieron añicos. —De modo que fue eso...— dijo Walt.

—El doctor Cassells, nuestro forense, hizo la autopsia de Denton. Fue él quien diagnosticó que su amigo había bebido demasiado. Estaba hinchado como una esponja. Ésas fueron sus palabras.

—¿Iba solo cuando murió?

—Si.

—¿Dónde ocurrió el accidente?

—En la Curva de la Estrella, a unas once millas de la ciudad, por la carretera que conduce a Los Cayos. Eran las once menos nueve minutos. El reloj de su amigo quedó roto, por eso pudimos determinar la hora, aunque de todas formas sólo se tardó unos quince minutos en descubrirlo. Su automóvil, un «Ford» modelo de este año, estaba junto a las rocas, cerca del mar.

Walt sacó un cigarrillo y le prendió fuego con un fósforo.

—Parece que está muy tranquilo, Shannon —dijo el teniente.

—¿Debo estar nervioso?

—Usted dijo que era su amigo.

—He perdido antes a otros muchos amigos y nunca lloré por ninguno. Quiero hacerle una pregunta, teniente. ¿Por qué le enterraron, si sólo hace cuatro días que murió y fue por accidente?

—Entre sus ropas encontramos una carta que Anne Denton había dirigido a su hermano. Residía en Chicago. Hablé con ella por teléfono y le comuniqué la noticia, por si quería que le enviásemos los restos con gastos a su cuenta. Dijo que lo podíamos enterrar aquí. El forense ya había hecho la autopsia, de modo que habíamos cumplido todos los requisitos... Denton tenía en su poder seiscientos dólares y su hermana encargó que los invirtiésemos en darle una digna sepultura. Eso fue lo que hicimos. Sobraron ciento trece dólares que le han sido enviados a Anne Denton. Puede usted pasarse por el cementerio cuando quiera para comprobar que fue gastado bien hasta el último dólar.

—Fue muy amable por ofrecerme su información, teniente.

—¿Debo creer que Clark Denton le citó en nuestra ciudad?

Es posible.

—¿Para qué?

—Denton me dijo que tenía un negocio entre manos.

—¿Qué clase de negocio?

—No me habló de ello.

—Veamos si le entiendo, Shannon. Denton se encontraba aquí y él le escribió una carta.

—No, no me escribió ninguna carta.

—Le puso un telegrama.

—Tampoco.

—Sólo queda el teléfono.

—Enhorabuena, teniente. Ahora lo acertó.

—Así que Denton le hizo una llamada. ¿Adónde?

—Centerville, Illinois.

—Le creí a usted hombre de gran ciudad.

—En Centerville hay unos manantiales cuyas aguas son buenas para el riñón.

—Sigue desplegando usted su buen humor, a pesar de que estamos hablando de un amigo que se le murió.

—Se me han muerto muchos amigos y uno siempre debe resignarse.

—Me gustaría saber qué se lleva entre manos.

—¿Por qué dice eso, teniente?

—Clark Denton le llamó por teléfono para realizar un negocio en esta ciudad. Sin embargo, a la llegada al hotel no preguntó por Denton al encargado, sino al mozo que le subió la maleta, Tom Connolly.

—Contestaré a su pregunta, teniente. Clark dijo que me esperaría en el aeropuerto, pero cuando bajé del avión, él no estaba allí, de modo que me vine al hotel. Mi vida ha sido siempre un poco complicada, teniente. Quizá por ello no me comporto como las demás personas. Creí preferible preguntar por Denton al mozo. Mi experiencia me ha enseñado que uno consigue más de esa forma.

—¿Lo consiguió esta vez?

—Desde luego, teniente.

—El mozo le contestó que no conocía a Clark Denton.

Walt esbozó una sonrisa.

—Ahí lo tiene, teniente, el mozo me contestó que no le conocía y usted me ha informado que murió en un accidente. Es un poco absurdo que Tom no me lo dijese.

Nell Sparks apretó los maxilares.

—Tom no le contestó porque no quería comprometerse.

—¿Comprometerse en qué, teniente? Hemos quedado en que Clark Denton murió en un accidente.

—No le busque los tres pies al gato, Shannon.

—¿Soy yo el que se los busca?

El teniente fue a decir algo, pero se lo calló.

Stanhope había sacado una lima para las uñas y apuntó con ella a Walt.

—Eh, oiga, usted no me gusta.

—Lo encuentro lógico, Stanhope. Usted debe preferir las nenas con bikini.

Stanhope empezó a enrojecer hasta las orejas.

—No vuelva a insinuar una cosa fea, señor Shannon, o le costará caro. Soy un tipo que no aguanta las bromas.

—Yo tampoco, Stanhope.

—Me dijeron que en Las Vegas le sacaron unos cuantos dientes y

no fue precisamente en casa del dentista, Shannon.

—Es cierto.

—Márchese de aquí o perderá el resto de la dentadura.

Shannon rió mientras aplastaba la punta del cigarrillo en el cenicero.

—Por ahora me voy a quedar. Y les diré la razón. Quiero conocer su playa. Gracias por su bienvenida, teniente. Ah, y de pasada, les puede decir a los propietarios de los clubs que no vine a jugar. Sólo me llegué a su hermosa ciudad a pasar unas vacaciones. ¿Está bien así, Sparks?

El teniente permaneció un rato en silencio y al fin movió la cabeza.

—Está bien, Shannon. No le puedo expulsar.

—No, creo que no.

—Pero tenga cuidado con lo que hace. Ya está advertido.

—Tendré sumo cuidado, teniente.

—Sólo falta un detalle y daré por terminada mi visita.

—¿El qué, teniente?

—Deme su pistola.

—No puedo.

Stanhope intervino otra vez:

—Dele la pistola o se la quitaré yo por la fuerza, y no me diga que tiene licencia de armas. Tampoco le valdrá. No podemos consentir que vaya pegando tiros por la calle, como hizo en otras ciudades anteriormente.

Shannon levantó los brazos.

—Puede registrarme, Stanhope. Pero, por favor, déjeme los mondadientes del bolsillo izquierdo. Le prometo que no sacaré a nadie los ojos con ellos.

Stanhope se había quedado con la boca abierta.

El teniente dijo:

—No trae armas, ¿eh, Shannon?

—No, pero debe cerciorarse.

El teniente hizo una señal a Stanhope y éste pasó las manos por la indumentaria de Walt hasta los dobladillos del pantalón. Luego registró el armario y la maleta de Walt. Cuando hubo terminado, se volvió hacia su jefe.

—Dijo la verdad. No trajo armas.

—Lo celebro, Shannon —dijo el teniente, dirigiéndose hacia la puerta—. Quiero pedirle un favor. —¿Sí, Sparks?

—Cuando decida marcharse, hágame una llamada telefónica y tendré mucho gusto en decirle adiós desde el aeropuerto.

—Si esto le va a satisfacer, cuente con la llamada, teniente.

—Gracias.

Me gusta dar facilidades.

Stanhope arrugó la nariz.

—Oiga, jefe, este tipo se está divirtiendo a nuestra cosa.

—Vamos ya, Stanhope —dijo el teniente.

Los dos policías salieron y Walt hizo una ligera inclinación cuando la puerta se cerraba. Dedicó los minutos siguientes a poner en orden su ropa en el armario, porque Stanhope no había llevado a cabo su registro con mucha delicadeza.

Luego se salió a la terraza desde la que se veía la playa. Ya había oscurecido y la bahía ofrecía un aspecto maravilloso con la brillante iluminación de los hoteles y los clubs nocturnos.

De pronto se puso a sonar la campanilla del teléfono.

Walt entró en el dormitorio y atrapó el auricular.

—¿Sí?

—¿Señor Shannon? —preguntó una voz femenina.

—Yo soy, dulzura. ¿Quién es usted?

—Una amiga. —¿De quién?

—Quiero serlo de usted.

—Dígame las medidas de su cuerpo y el color de su cabello. Es posible que pueda haber un arreglo.

—Corre mucho, señor Shannon. No me refería a esa clase de amistad.

—¿Puede existir de otra clase entre un hombre y una mujer?...

—¿Siempre bromea, señor Shannon?

—Al parecer, en esta ciudad, todos ustedes son muy serios. Hace unos momentos recibí la visita de dos policías y, por más esfuerzos que hice, no logré infiltrarles el sentido del humor.

—¿Dos policías...?

—Sí, el teniente Sparks y el agente Char Stanhope.

Oiga, señor Shannon, necesito hablar con usted.

—¿Cuál va a ser el tema?

—Clark Denton. ¿Le gusta?

—No está mal.

—¿Conoce la Bahía del Tiburón?

—No soy de aquí.

—Está veinte millas al sur. Sólo tiene que correr por la carretera que conduce a Los Cayos. Llegará a una bifurcación donde verá un cartel que le anunciará el camino que ha de seguir para llegar a la bahía del Tiburón.

—Supongamos que ya estoy allí... ¿Qué pasa después?

—En la playa hay un motel para turistas. Su nombre es Albatros. Vaya a la cabaña número siete.

—Oiga, nena, todo eso me parece muy interesante. Pero ¿por qué me elige a mí?...

¿Qué tengo que ver con todo eso?

—No necesita saber más por ahora.

—No iré.

—Me dijeron que Walt Shannon era un tipo con muchas agallas. Desde entonces he sentido grandes deseos de comprobar si es cierto. Recuerde, señor Shannon. A las once de la noche.

—Espere.

Pero la mujer que había en la otra parte del cable cortó la comunicación.

Walt dejó el auricular en la horquilla y se rascó por detrás de la oreja derecha.

Desde que, a su llegada al aeropuerto, no encontró a Clark Denton, tuvo la impresión de que su estancia en aquella ciudad de la costa no iba a ser muy tranquila. Y difícilmente se equivocaba en sus corazonadas. Lo pensó un rato y finalmente decidió acudir a la cita con la desconocida en la bahía del Tiburón.

CAPÍTULO III

Walt Shannon salió del hotel.

Caminó un rato por la acera hasta cerciorarse de que no le seguían.

Al otro lado de la calle vio una parada de taxis y se dispuso a cruzar.

Bajó del bordillo, pero oyó un grito a su espalda y se detuvo volviendo la cabeza.

Eso le salvó la vida porque en aquel momento escuchó el zumbido de un motor a su izquierda.

Sólo tuvo oportunidad para retroceder un paso. Un coche negro pasó zumbando por su lado.

Shannon se dejó caer al suelo y eso también fue bueno para él, porque el conductor del coche, al ver que no le había atropellado con la proa, hizo girar el volante para pegarle un coletazo.

Los neumáticos crujieron y el automóvil volvió a su posición normal desapareciendo por la próxima calle transversal.

Cuando Shannon se rehízo y pudo levantarse, ya no se veía el vehículo.

De nuevo oyó el grito femenino a sus espaldas.

En la acera una joven se había hecho un lío con la cadena con que sujetaba un perro de aguas. La cadena había pasado por debajo de las piernas de la muchacha, levantándole la falda. Era un perro juguetón. La muchacha trataba de solucionar su problema pero el perro eludía los movimientos de ella, la cual siempre quedaba en la misma posición.

—Estate quieto. «Dick».

Shannon se acercó a la joven.

—¿Me permite? —Atrapó al perro por el collar y lo mantuvo

quieto facilitando la libertad de la muchacha.

Ella alzó los ojos sofocada.

Shannon contempló una bonita cara.

—Gracias, señor.

—Se las debo dar yo a usted.

—¿Por qué?

—Gracias a usted y a «Dick» sigo respirando —repuso Shannon, dándose cuenta de que a la muchacha le había pasado inadvertido el incidente del automóvil—. Un coche intentó atropellarme cuando usted empezaba a luchar con «Dick».

Ella enarcó las cejas, porque no sabía si él estaba bromeando.

—Mi nombre es Walt Shannon.

—Soy Lizzie Bayley, pero, por favor, no me invite porque no puedo aceptar.

—No pensaba invitarla... ahora. Yo también tengo trabajo.

—Perdón, creí que era usted un conquistador ocasional.

—Ya sé que no le he merecido confianza, pero quizá la próxima vez que nos veamos haya oportunidad para entablar mejores relaciones... Permítame un consejo. Cuando «Dick» quiera jugársela otra vez, sólo tiene que acortar la cadena hasta atraparlo por el cuello. Aunque de esa forma privará a los peatones de la magnífica vista de sus piernas...

Ellos lo sentirán mucho porque son de primera calidad. Buenas noches, Lizzie.

Cuando se separó de ella, Lizzie estaba asombrada mirándole.

Ningún otro coche intentó atropellarle en la calle.

Entró en un taxi y dijo al conductor que le llevase a la bahía del Tiburón.

Walt hizo el viaje pensativo. No tenía la más ligera idea de la clase de lío en que se hallaba envuelto Clark Denton cuando le sobrevino la muerte, y estaba dispuesto a averiguarlo.

—Esto es la bahía del Tiburón —le anunció el conductor.

—Espere aquí —repuso Shannon, saltando fuera.

Vio el anuncio luminoso del motel Albatros. La oficina estaba iluminada, lo mismo que algunas cabañas, entre ellas la número siete.

Pasó muy lejos de la oficina para no ser visto y, al cabo de un rato, subió al porche de la cabaña donde había sido citado.

Apretó el timbre y esperó.

No oyó ningún ruido.

Entonces puso la mano en el tirador y abrió la puerta.

El *living* estaba desierto, pero descubrió señales de que allí se había desarrollado una lucha. Vio una copa volcada en el suelo. El *whisky* había corrido por entre los tablones. Una silla estaba volcada y un almohadón había ido a parar junto a la pared. Un cuadro en que se reflejaba un paisaje había recibido un fuerte impacto de una botella. El cuadro había quedado ladeado y la botella se hizo añicos porque los cristales y el *whisky* estaban esparcidos por el suelo.

Entró en un dormitorio. La cama estaba deshecha y tampoco allí había nadie.

Registró los cajones del armario pero estaban vacíos. No encontró una sola maleta.

En el cuarto de baño sólo halló en su sitio los objetos que eran cuenta de la dirección del motel. No había uno solo de uso personal.

Todo ello le hizo llegar a la convicción de que el huésped de aquella cabaña la había abandonado precipitadamente.

En la cocina descubrió unos cuantos platos sucios, pero nada que le sirviese de pista.

Regresó al *living* y de pronto observó algo debajo de un sillón. Era un estuche de fósforos, donde se leía el nombre un club nocturno: Saratoga.

Guardó el estuche en el bolsillo y abandonó la cabaña encaminándose a la oficina.

Abrió una puerta que produjo un campanilleo y se acercó al registro atendido por un hombre delgado, de cabello rubio.

—Buenas noches —le saludó Walt—. Vengo a retirar el encargo que dejó para mí el huésped del número siete.

—¿Un encargo?... La señorita Bárbara Dowe no dejó ningún encargo para nadie.

—¿Cuándo se marchó?

—No sé qué se haya ido.

—Estuve en la cabaña y no la encontré.

—Es extraño. Siempre que se va acostumbra a pasar por aquí.

—¿Alquiló hace mucho tiempo la cabaña?

—¿Es usted policía?

—No.

—Entonces, no le puedo informar acerca de un cliente.

—Sólo soy un amigo de la señorita Dawe. Tengo mucho interés en encontrarla. —Walt sacó un fajo de billetes del bolsillo y apartó uno de cinco dólares.

—No, míster. Con eso tampoco va a adelantar nada. Entre las prohibiciones a los empleados está la de aceptar sobornos.

—¿Hasta qué cantidad?

El rubio coloreó las mejillas.

—No me gusta su forma de hablar, míster.

—¿Cuál es su nombre?

—Jan Gray.

—Escuche, Gray, quizá esté envuelto en un caso de asesinato.

—¿A qué asesinato se refiere?

—Al de Clark Denton.

—Usted está chiflado, míster. No sé quién es ese tipo. Nunca he oído hablar de él... No he conocido a ningún Clark Denton.

—Pero conoce a la señorita Dowe.

—Sí, la conozco como a los demás clientes del motel. Pero no me sacará más. Usted dijo antes que no era policía y ni siquiera dio su nombre.

—Shannon.

—Lo siento, señor Shannon, pero me está también prohibido hablar con personas extrañas.

—Como quiera, Gray, pero quizá nos volvamos a ver.

—Será mejor que no vuelva.

—Volveré si es necesario y entonces tendrá que hablar.

Gray tiró de un cajón y sacó una pistola.

—No, señor Shannon. Será mejor que no ponga los pies otra vez aquí. Sé defenderme.

Walt Shannon dirigió una mirada al arma que el rubio empuñaba y sacudió la cabeza.

—Como quiera, Gray, usted gana.

Inició la vuelta, pero de pronto disparó el puño contra la cara de Gray.

El rubio se fue hacia atrás dejando caer el arma en el suelo. Se volvió débilmente porque estaba casi desvanecido.

Walt saltó a la otra pare del registro y se apoderó del arma.

Gray se recuperó poco a poco y levantóse tocándose el mentón,

donde había recibido el golpe.

—Esto es un asalto, señor Shannon.

—Sí, ya sé. Tienen prohibidos los asaltos... Ustedes pensaron en todo.

—Será mejor que se marche.

—Sí, Gray, me voy a ir enseguida, pero antes va a hablarme de la señorita Dowe. ¿Cuál es el nombre completo de ella?

—¿No lo sabe?

—Nunca la vi, y por eso usted me va a hablar de ella... Pero dese prisa, Gray. Cuando me pongo nervioso hago daño en los huesos. —Su nombre completo es Bárbara Dowe.

—¿A qué se dedica?

—Canta y baila.

—¿Dónde?

—No lo sé. Nunca me lo dijo, pero es un club de la ciudad.

—¿El Saratoga, quizá?

—No le puedo decir.

—Describame a la muchacha.

—Es muy hermosa, rubia, de ojos verdes.

—¿Cuándo vino aquí?

—Hace una semana.

—¿Sola?

—Si, sola.

—¿Ha recibido visitas?

—No, que yo sepa.

—¿Sigue trabajando en el club nocturno...?

—Sí.

—¿A qué hora regresaba?

—De madrugada.

—¿Qué clase de coche es el suyo?

—Un «Ford» crema, modelo de este año.

—¿Qué pasaba a su llegada?

—Nada. Se iba a dormir. Se levantaba muy tarde, casi al mediodía. Hacia las dos salía de la cabaña y se iba por la costa hasta el espigón de la bahía. Aquella parte está desierta. Se bañaba allí. Luego se acostaba y hacia las seis emprendía el viaje a la ciudad. —De modo que nunca la vio en compañía de nadie.

—No, señor... Nunca.

—¿No se calla nada?

—¿Por qué me lo iba a callar? Se lo he dicho ya todo.

—Está bien, Gray. Le agregaré una noticia, aunque quizá la sepa.

—¿A qué se refiere?

—Esta noche la señorita Dowe tuvo visita. Eso quiere decir que hoy no se marchó a la ciudad, conforme a su costumbre.

—Esta tarde la señorita Dowe me hizo una llamada para decirme que no se encontraba bien y que se quedaría en la cabaña. Me pidió que le llevase una botella de *whisky*.

—¿Qué más?

—Sólo eso.

—¿Fue usted a llevarle la botella de *whisky*?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las seis y media.

—¿Qué observó?

—La señorita Dowe estaba sentada en un sillón, cuando yo llegué a la cabaña. Leía una revista. Le dejé la botella de *whisky* y un vaso sobre la mesa ratona.

—¿Cómo estaba vestida?

—Llevaba una blusa blanca y una falda gris.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Me despedí de ella.

—¿Está seguro de que se encontraba sola?

—Yo no vi a nadie.

Shannon observó la centralilla del teléfono.

—Los teléfonos de las cabañas no son directos, ¿eh, Gray? Usted se informa de todo lo que cada cliente habla...

—Hay seis cabañas con teléfono directo. Una de ellas es la de Bárbara Dowe. Puede comprobarlo usted si quiere. Hacemos pagar un poco más por esas cabañas.

—Corriente, Gray, yo me marchó.

—Devuélvame la pistola.

—Sí, Gray. Se la devolveré.

Shannon quitó las balas de la pistola y arrojó ésta al cajón de donde Gray la había sacado.

Luego saltó ágilmente por encima del mostrador y se dirigió a la puerta.

Cuando se volvió, Gray continuaba en el mismo sitio.

—Me quedaré algún tiempo en la ciudad, Gray. Si recuerda algún dato, me alojo en la habitación 124 del hotel Palmera.

Walt regresó al coche y dio orden al conductor de que le llevase al club Saratoga.

Pagó la carrera al llegar al club y entró en éste.

El local estaba muy animado.

Se sentó en un taburete de la barra y pidió un *whisky* a un mozo de cejas blancas que le atendió.

—¿Actuó ya Bárbara? —le preguntó.

—Hoy no hará su número.

—¿Por qué?

—Hizo una llamada diciendo que estaba enferma. Tendrá que esperar a mañana.

—Mala suerte.

El mozo se encogió de hombros y se marchó para atender a otro cliente.

Walt se dispuso a beber su *whisky* cuando de pronto sus ojos tropezaron con una persona a quien ya conocía: Lizzie Bayley, la chica del perrito. Estaba sola en una mesa. Se dirigió hacia ella.

—¿Qué tal se comportó «Dick»?

La joven alzó los ojos y esbozó una sonrisa.

—Su consejo resultó práctico. No he vuelto a enseñar las piernas.

—¿Puedo sentarme?

—No le va a gustar mucho a Mac.

—¿Su marido?

—No, mi primo. Vino conmigo para librarme de las malas compañías.

—Ya, usted es una inocente criatura y al primo Mac no le gusta que la contaminen. —Dentro de seis meses cumplo la mayoría de edad y entraré en posesión de una fortuna de ocho millones de dólares. Mi familia me quiere apartar de todos los advenedizos. Desde hace un par de años trato de escaparme sola, pero ellos tienen contratados a una pandilla de detectives privados y, en cuando me descubren donde estoy, aparece el primo Mac. Le encontré cuando regresé al hotel, poco después de conocerle a usted. Trató de convencerme, como siempre, y yo le dije que quería

vivir mi vida... Cuidado, ahí viene.

Shannon no se volvió para mirar a primo Mac, pero oyó una voz:

—¿Quién es este hombre, Lizzie?

Walt alzó los ojos y vio a un joven de cabello y ojos negros, de facciones duras.

—Me presentaré, Mac —le dijo—. Jack *el Destripador*.

Mac se puso a parpadear perplejo.

—¿Qué broma es ésta?

Lizzie Bayley se cubrió la boca con la mano para no soltar la carcajada.

Shannon se puso en pie.

—Lo siento, Lizzie, pero no puedo matarla ante testigos... Cuando pueda librarse del primo Mac, hágame una llamada al hotel Palmera. Yo voy allá para preparar el cuchillo —dio una palmada a Mac y regresó a la barra.

Terminó de beber el contenido del vaso y pagó la consumición, agregando una buena propina.

El mozo de las cejas blancas le dirigió una sonrisa.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —inquirió Walt.

—Leo.

—Me gustaría hablar con Bárbara sin esperar a mañana.

—Eso es fácil. Vaya al motel Albatros, en la bahía del Tiburón.

—Ya fui, pero tampoco la encontré.

—Entonces no sé dónde puede estar. Quizá se puso grave y se fue al hospital.

—Quizá. Pero, dime, Leo, ¿quién era su admirador?

—Bárbara es una chica con mucho genio. Eso no resulta simpático a nadie. Un hombre se acerca a una mujer de esa clase, pero enseguida la rehúye. Sólo hubo uno que la pudo resistir.

—¿Quién?

—Se llegó aquí tres o cuatro veces, aunque no le he vuelto a ver desde hace una semana.

—¿Cómo es ese individuo?

—Alto, ancho de hombros, cabello negro rizado, nariz un poco doblada a la izquierda.

Shannon supo que Leo estaba describiendo a su amigo Clark Denton.

—Salían juntos después que Bárbara había terminado su actuación.

—¿No hay otro personaje además del hombre de la nariz torcida?

—No, señor.

Shannon le dio las gracias y se dirigió a la salida.

Volvió la cabeza para mirar hacia la mesa donde se encontraba Lizzie y la vio muy seria.

El primo Mac le estaba hablando gesticulante.

Una vez en la calle, se dirigió a su hotel.

Subió al ascensor y abrió con la llave la puerta de su apartamento.

Pasó al interior, pero sólo dio un paso. Tenía un visitante, una joven de cabello rubio.

El bello rostro de la muchacha mostraba señales de haber sido golpeado. Defendía sus ojos con gafas oscuras.

—Soy Bárbara Dowe —dijo.

CAPÍTULO IV

—He ido tras sus huellas durante un buen rato, Bárbara.

—Lo siento, pero surgió algo inesperado.

—¿Quién le hizo eso en la cara?

—Dos hombres que me visitaron en la cabaña del motel Albatros poco después que le telefoneé.

—Hábleme de esos dos hombres.

—Uno se llama Asey Emory y el otro Jim Cameron. Me obligaron a recoger mis cosas en la cabaña y a acompañarles.

—¿Adónde la llevaron?

—A un lugar de la costa, ocho millas al norte. Me iban a matar, pero logré huir de ellos.

—¿Cómo logró escapar?

Bárbara metió la mano por debajo de un almohadón y exhibió una pistola calibre 32.

—La tenía en mi valija. Ellos se distrajeron cuando llegamos al lugar que habían elegido para matarme y les obligué a abandonar mi coche. Entonces eché a correr y me dirigí aquí.

—¿Por qué la iban a matar?

—No querían que hablase con usted acerca de Clark Denton.

—Bien, hable ahora.

—Antes ha de prometerme una cosa.

—¿El qué?

—Que me ha de dar la mitad.

—¿La mitad de cuánto?

—De un millón de dólares.

Shannon se sentó junto a la joven.

—Esos hombres la golpearon y no sabe lo que dice, Bárbara.

—Sé lo que digo, Shannon. Se trata de un millón de dólares en

drogas. Clark Denton robó la mercancía a la pandilla para la que trabajaba. —De modo que Clark Denton estaba metido en eso...

—Sí, y se cansó de recibir los pocos dólares que le daban por su trabajo. Decidió jugar fuerte. Sabía que le iba la piel en ello, pero tomó las precauciones y resultó triunfante.

—¿Quién capitanea a la pandilla de contrabandistas?

—La cabeza visible es Peter Westcott, aunque indudablemente debe haber otra persona por encima de él.

—¿De dónde traían la droga?

—De un país del sur.

—¿En qué parte de la operación entraba en juego Clark?

—Denton se hacía cargo de la mercancía junto con otros tres hombres en un lugar cercano a Cayo Hueso. Lo hacían mediante un helicóptero que pilotaba el propio Clark. Los otros tres hombres iban como pasajeros.

—Explíqueme de qué modo se las arregló Clark para adueñarse de un millón de dólares en drogas.

Ocurrió hace una semana. Clark llegó con el helicóptero y con los otros tres hombres al lugar donde debía hacerse cargo de la mercancía. La depositó en el interior del aparato y de pronto sacó una pistola. El viaje de regreso lo hizo solo, aunque tuvo que matar a un hombre que trató de oponerse.

—¿Y luego?

—Aterrizó en cierto sitio y escondió la mercancía... Yo había de acudir a su lado para emprender la fuga en el mismo helicóptero, pero me di cuenta de que me vigilaban y suspendí mi viaje porque habría sido fatal para mí y para Clark. Yo no sabía cómo solucionar nuestro problema. Clark no tuvo paciencia. Quizá pensó que me había ocurrido algo. Lo cierto es que abandonó su refugio y me hizo una llamada telefónica. Le dije lo que ocurría y que debía esperar. Clark se conformó, aunque noté que estaba muy nervioso. De pronto, hace unos días, leí en el diario que Clark se había matado con su automóvil... Ignoro realmente si fue un accidente o un asesinato. No dudé al principio de que lo habían asesinado y le habían quitado la droga. Esa misma noche, al llegar al club nocturno Saratoga, me encontré con que había una carta dirigida a mí. Se la habían dejado a un mozo. Era de Clark. Me decía que se había puesto en contacto con usted porque confiaba mucho en que

nos ayudaría... Para el caso de que a él le ocurriese algo, enviaba un plano del lugar donde había escondido la droga. Yo me aprendí el plano y lo quemé juntamente con la carta. Esperé a hoy hasta que usted viniese y enseguida le llamé. Lo demás ya lo sabe.

—¿Sigue recordando el lugar donde se encuentra la droga?

—Desde luego.

—¿Está muy lejos?

—A unas sesenta millas de aquí.

—¿Trajo su coche?

—Sí.

—Está bien, Bárbara, dígame dónde está el escondite. Yo iré por la mercancía.

—Oh, no, de ninguna manera.

—¿No se fía de mí?

—Lo haría si no se tratase de un millón de dólares. Es mucho dinero, ¿no le parece, Walt?

—Yo también debo estar vigilado. Quizá sepan que usted está aquí. Deme esa pistola.

—¿No traje ninguna consigo?

—Sólo acostumbro a utilizar las armas de fuego que encuentro en mi camino. Resulta mucho menos peligroso.

Bárbara le entregó la pistola y él la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Por dónde entró, Bárbara?

—Por la puerta de servicio.

—Usted saldrá por allí y yo lo haré por la puerta principal. ¿Dónde tiene el coche?

—Dos calles más abajo, junto a un edificio en construcción. Es un callejón muy oscuro.

—Concédame media hora para llegar a su lado.

—Sí, Walt.

—Márchese ahora.

La joven se puso en pie, estiróse la falda y salió del apartamento.

Shannon aplicó la oreja a la puerta y al cabo de unos instantes abrió poco a poco. El corredor estaba desierto.

Bajó la escalera.

En el vestíbulo había varias personas, pero dedicó su atención a un tipo que estaba sentado en un sillón leyendo un diario.

Pasó de largo y ganó la calle, tomando la dirección que conducía al club Saratoga.

Se detuvo para atarse supuestamente el cordón del zapato.

Vio por el rabillo del ojo al tipo del diario que ya había emprendido su seguimiento. El fulano se detuvo ante un escaparate y se puso a examinar los artículos que se exhibían.

Walt se enderezó y continuó su camino, pero al doblar la próxima esquina quedó quieto, pegado a la pared.

Oyó los pasos del hombre y cuando éste apareció, le pegó un mandoble en el cuello y el tipo se arqueó tratando de llevar aire a sus pulmones. Walt le incrustó el puño entre los dos ojos y el fulano rodó por la acera como una pelota.

Luego Walt echó a correr por la calle.

Dobló nuevamente a la derecha y ahora caminó con su paso normal sabiendo que no era seguido. De todas formas se detuvo durante su camino, para asegurarse de que no había otro perseguidor.

Vio el coche en el solar y a Bárbara ante el volante.

—¿Le resultó difícil, Walt? —preguntó la joven.

—Una cosa corriente. Pongámonos en camino antes de que den otra vez con nosotros.

Poco después salían de la ciudad.

Corrieron por la pista que conducía a Los Cayos, pero, antes de internarse por los islotes, Bárbara hizo rodar el volante tomando el camino que llevaba a los pantanos del norte.

Poco después la joven conectó la radio y sacó de una de las gavetas una botella de *whisky*.

—¿Un trago, Walt?

—No vendrá mal.

Los dos bebieron y luego Walt encendió dos cigarrillos y puso uno de ellos en los labios de la joven.

—¿Viste alguna vez a Peter Westcott? —La tuteó Shannon.

—Clark me lo presentó en el club Saratoga una semana antes de que diese el golpe.

—Descríbeme a Peter Westcott.

—Es un tipo gordinflón, de aspecto repugnante, y lo es más cuando tocas su mano fofa. Tiene triple papada y ojillos pequeños que miran como los de un reptil. Me produjo una impresión muy

desagradable. Clark me dijo que Peter Westcott era un asesino despiadado.

—¿Y no te habló Clark del hombre que hay por encima de Westcott?

—Me dijo que no sabía nada de él, ni siquiera su nombre.

El coche cruzaba como una exhalación por la carretera desierta.

—Clark dijo que erais buenos amigos, Walt.

—Corrimos algunas aventuras juntos.

Y siempre Je sacase tú las castañas del fuego.

—Clark tenía debilidad por meterse en los asuntos más comprometidos. Nunca sentó la cabeza.

—También a ti te gustan los líos. Clark me dijo que siempre estabas enfrentado a los *gangs* de las ciudades.

—Es donde se me asegura más diversión.

La joven sacó el coche de la pista principal y lo condujo por un camino.

El aire se llenó con el ruido animal de los pantanos.

Shannon cerró la ventanilla porque el aire era fétido, y lo mismo tuvo que hacer Bárbara.

Cuatro millas más allá, Bárbara apretó el pedal del freno.

Shannon vio a la luz de la luna el ala de un helicóptero que estaba cubierto por unos arbustos. A la derecha se alzaba una rústica cabaña.

Saltaron del coche y la joven se situó junto a una gruesa piedra. Luego echó a andar contando los pasos en voz alta.

Shannon la siguió.

Llegaron a la parte trasera de la cabaña y Bárbara señaló una alta palmera.

—Ahora he de dar otros veinte pasos. Al final tiene que haber cuatro rocas.

Se puso a andar y Walt fue otra vez detrás de ella.

Sonó un estampido y Walt se arrojó sobre la joven.

Se oyeron otros tres disparos.

Bárbara lanzó un grito. Justamente habían ido a caer a una pequeña zanja que momentáneamente les sirvió de refugio.

Walt tenía ya la pistola en la mano.

Oyó ruido de carreras y se puso de rodillas. Tres hombres avanzaban hacia ellos. Hizo fuego.

Dos de los tipos dieron volteretas en el aire y se abatieron. El tercero saltó a un lado buscando el refugio de unas palmeras.

Shannon disparó sobre el tipo que se escondía, pero no logró alcanzarle.

Observó los cuerpos de los otros dos que estaban inmóviles.

—Walt... —Oyó la voz de Bárbara.

Vio que la joven había sido alcanzada en el pecho, muy cerca del corazón.

—Te curaré, Bárbara.

—Era una trampa.

—¿Eh?

—Te traje aquí para que ellos te matasen... Me obligaron... Me dijeron que respetarían mi vida... Son unos canallas... Les tuve que decir que tú estabas al corriente del asunto, aunque no sabías nada... Perdóname...

—¿De qué se trata? Dime ahora la verdad.

Los labios de Bárbara se estremecían. Estaba agonizando.

—¡Bárbara! ¿En qué asunto estabais metidos tú y Clark?

La joven lo miró con ojos vidriosos. Abrió la boca para decir algo y Shannon se agachó sobre ella.

—Antígona... Doctor Faustus... —Le oyó débilmente.

—¿Qué quieres decir?

Bárbara se estremeció de nuevo y expiró.

Shannon le puso la mano en el corazón. Ya había dejado de latir.

De repente se produjo otro disparo. La bala pasó por encima de su cabeza.

Se echó al suelo, sobre el cadáver de la joven, y burló la siguiente bala que el asesino le enviaba.

Comprendió que el tipo había buscado un buen lugar para disparar. Se había subido a una palmera.

Rodó sobre sí, quedando de espaldas. Entonces levantó el arma y apretó el gatillo al ver al hombre.

Un aullido de muerte rasgó el aire y el asesino se desplomó desde lo alto, produciendo un golpe seco al chocar contra el suelo.

La noche volvió a quedar sumida en el silencio, tan sólo interrumpido por los animales que poblaban el pantano.

Shannon esperó un rato y al final se puso en pie, acercándose a los hombres que había matado.

Al parecer sólo eran tres.

Más allá de las palmeras descubrió un coche negro y estuvo dispuesto a jurar que era el mismo vehículo con que habían intentado asesinarle en la calle de la ciudad.

Se dirigió a la cabaña y empujó la puerta, penetrando en el interior. En un desaliñado dormitorio encontró un montón de revistas, latas de alimentos, algunas botellas de *whisky* y una maleta con ropa.

Buscó durante un rato sin encontrar nada que le sirviese para sus pasos futuros. Encendió un cigarrillo y se sentó en una mecedora, dedicándose a pensar. Una y otra vez se repitió las palabras que Bárbara había murmurado antes de morir: «Antígona»... «Doctor Faustus»...

No sacó nada en claro.

Sólo podía tener presente que la joven había dicho que la historia de la droga era falsa, sólo una trampa para que él la acompañase hasta donde los verdugos les estaban esperando.

Decidió abandonar aquel lugar. No podía hacer nada por los cadáveres. Si el teniente Nell Sparks se enteraba de lo que había ocurrido, no le valdría de nada su argumento de que había matado a tres hombres para defender su vida.

Inició el regreso en el coche de Bárbara Dowe.

Abandonó el vehículo a dos millas de la ciudad y continuó el camino a pie.

Una vez en su apartamento, tomó una ducha y se tendió en la cama. Estaba muy cansado y no tardó en conciliar el sueño.

Se despertó al oír la campanilla del teléfono.

—¿Si?

—Buenas noches, señor Shannon.

Era una voz ronca, desconocida.

—¿Quién me habla?

—Un amigo suyo.

—No tengo amigos en esta ciudad —repuso Walt.

Lo voy a probar que lo soy. Señor Shannon, usted se despedirá del hotel y tomará el primer avión para Nueva York.

—No es ése mi plan.

—No me ha dejado terminar. Cuando llegue a Nueva York, un hombre le entregará un sobre en el mismo aeropuerto. Ese sobre

contendrá cinco mil dólares. Son para usted, para que los gaste en lo que mejor le convenga.

—Hace usted un gasto excesivo. No necesito esos cinco mil dólares. Pero si quiere hacer una obra de caridad, puede enviarlos a cualquier orfelinato.

—No me gusta su respuesta, señor Shannon.

—No esperaba que le gustase.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

—Está bien, señor Shannon. Ya se lo he advertido. De todas formas, tiene tiempo para pensarlo hasta mañana. Que descanse.

Shannon oyó que se interrumpía la comunicación y él también colgó.

CAPÍTULO V

Le despertó otra vez el repiqueteo del teléfono.

Soltó una maldición y apartó las sábanas tomando el auricular.

—¿Sí? —chilló.

—Eh, señor Shannon, ¿se despierta todas las mañanas con tan mal genio?

—Perdone, Lizzie —repuso Walt, al reconocer la voz de la muchacha del perrito—. En esta ciudad encontré demasiados tipos pesados y creí que era una de ellos.

—Le invito a tomar un baño.

—¿Me dejará su primo entrar en su apartamento?

—No sea inmoral. Le espero dentro de una hora en el muelle. Tengo una lancha con motor fuera borda. Se llama «Cincinnati» y está pintada de un amarillo horrible... Dese prisa, dormilón.

Shannon tomó una ducha para despertar.

Regresó a su dormitorio y cuando miró a la esfera del reloj lanzó una maldición. Eran las nueve de la mañana.

Encontró enseguida la lancha de Lizzie. A decir verdad, la joven no le había mentado.

Estaba pintada con un amarillo que hería los ojos.

Pero Walt había tomado sus precauciones y defendía los suyos con gafas oscuras.

Lizzie ya estaba a bordo y agitó el brazo en el aire.

Shannon tuvo oportunidad para conocer el maravilloso cuerpo de la muchacha, porque se cubría con blusa y *shorts*.

Shannon saltó desde el muelle y Lizzie puso en marcha el motor e hizo cargo del timón.

—¿Está segura de que no está escondido Mac por ahí dentro?

—Le di plantón.

Walt se sentó en una silla de lona.

La lancha enfiló la salida de la bahía.

Cuando se encontraron a una buena distancia del muelle, Lizzie paró el motor, echó el ancla y acudió al lado de Shannon sentándose con las piernas cruzadas sobre la cubierta.

—¿Quién es usted, Walt?

—¿Le interesa?

—No se puede imaginar cuánto. Me he pasado la noche sin dormir.

—Es usted una embustera. Apuesto a que no ha abierto un ojo en toda la noche. Se le nota fuerte, en plena posesión de sus facultades. Míreme a mí convertido en un despojo.

—Eso le pasa por ayudar a las mujeres que se encuentran con problemas. Primero ayudó a una muchacha que los tenía con su perrito. ¿A quién echó una mano después? ¿Quizá a una pelirroja...? Ya he visto que hay muchas en esta ciudad.

—Esta vez fue una rubia.

—¿Bonita?

—Sí, mucho, pero ya está muerta.

La joven lo miró con el ceño fruncido.

¿Está bromeando, Walt?

—No, y eso me brinda una oportunidad para aconsejarle que se aparte de mí.

—¿Por qué, Walt?

—Soy justamente la clase de tipo de la que su familia quiere librarla.

—No me diga que es usted un *gángster*.

—No, Lizzie. No lo soy, pero me temo que para el primo Mac seré algo muy parecido a eso. Un soldado de fortuna nunca ha tenido buena acogida en los círculos sociales a que usted pertenece.

—De modo que es eso... —sonrió ella—. Qué maravilloso.

—¿Dónde está lo maravilloso?

—¿Cuántas aventuras ha corrido?

—Muchas.

—Será estupendo eso de que me las vaya contando una a una, para que duren.

—No le voy a contar nada.

—No sea arisco.

—Acepté su invitación para dejar las cosas aclaradas. Sólo por eso. Tomaremos un baño, nos secaremos al sol y volveremos al muelle.

—Qué romántico lo pinta usted, Walt. Allí nos diremos adiós. Usted me dará la mano y yo se la estrecharé. Por favor, cuando llegue ese momento, diga algo parecido a esto: «Adiós para siempre, Lizzie. El destino nos unió por un rato y ahora nos separa...». Walt se echó a reír.

—Gracias por proporcionarme la letra.

—Hablemos en serio, Walt. ¿Por qué no me deja que le ayude?

—¿En qué?

—Ha hablado de una mujer muerta y ya he notado por su cara que pasó una mala noche. Está metido en un buen jaleo, ¿verdad?

—Sí, pero no es mejor ni peor que otros en que ya anduve metido.

—Según es tradición, a un soldado de fortuna le ayuda siempre una mujer.

—Eso es la parte buena de la profesión. Y la mujer siempre es hermosa.

—¿Por qué no me concede el puesto si lo tiene vacante?

—No reúne las condiciones exigibles.

—¿Va a decir que no soy bonita?

—Sí, lo es.

—Entonces, quedo admitida.

—No.

—Dígame la razón por la que me rechaza.

—Las mujeres que acostumbra a encontrar a lo largo de sus aventuras un soldado de fortuna son de la misma condición que él. Hermosas, despiadadas, crueles y tienen muy poco dinero.

—Puedo ser despiadada y cruel, pero no me pida que renuncie a mi herencia. Eso alegraría mucho a Mac y me prometí a mí misma fastidiarlo todo lo que pueda. Haremos un pacto, Walt. Tú me cuentas tu asunto. Eso te ayudará a reflexionar y, de paso, quizá te pueda aportar algo. Soy inteligente, ¿sabes? Logré las mejores notas en la Universidad. Soy licenciada en Historia. Y no creas que me dieron el diploma por mi dinero, sino por mi talento.

Shannon encendió un cigarrillo.

Hizo un relato de lo que había sucedido desde que recibió la

llamada telefónica de su amigo Clark Denton invitándole a que se reuniese con él en la ciudad. Por fin, llegó el momento en que Bárbara, agonizante, pronunció sus enigmáticas palabras.

—¿Estás seguro de que dijo eso, Antígona y Doctor Faustus, Walt?

—Sí.

—*Antígona* es una tragedia que escribió Sófocles y que luego otros autores han repetido con ligeras variaciones.

—Sé que *Fausto* es también una tragedia de Goethe.

—Goethe tomó su argumento de una leyenda. Antes había servido a Cristopher Marlowe para hacer una tragedia. Pero Goethe superó a Marlowe y a todos los demás autores. ¿Qué quiso decir Bárbara al citar esos nombres?

La joven se quedó pensativa un rato y al final sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Confieso que no me sugiere nada. Será mejor que tomemos el baño.

—No traje bañador.

—Ya me preocupé de ello. Lo encontrarás en la cabina.

Walt se levantó, fue a la cabina y se puso el bañador. Cuando salió vio a la joven en bikini en la proa, pero no pudo admirar mucho su figura porque Lizzie se tiró desde lo alto y se dirigió nadando hacia una balsa que había a unas veinte yardas.

Shannon se lanzó al agua y siguió a la joven.

Poco después, ambos se encontraban en la balsa.

La joven se tendió dejándose acariciar por los rayos del sol.

Un yate pasó a un cuarto de milla de la balsa. Walt vio su nombre: *Audace*.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad, Lizzie?

—Mac me quiere llevar esta misma tarde a Nueva York. Ha tomado dos pasajes.

—Será bueno para ti.

—No pienso ir.

—Esta vez deberías obedecer a los que se interesan por ti, Lizzie. Ella abrió los ojos y lo miró sonriendo.

—Sólo quieres que me aparte de tu lado, ¿verdad, Walt?

—Podría ocurrirte algo malo y eso no me gustaría nada.

—Oh, Walt, eso casi es una declaración.

—Lizzie, sólo nos hemos visto tres veces.

—La primera te confundí con un conquistador profesional. Tú tuviste la culpa de que me interesase por ti. Fue aquello que me dijiste al final. Ningún hombre me había hablado en la forma que lo hiciste tú.

—No dije nada extraordinario. Sólo disparé una tontería tras otra. Y, por si te sirve de algo, siempre he procurado apartarme de las millonarias.

—¿Qué les encuentras de malo?

—Su dinero.

—¿No te gusta?

—Sí, el dinero me gusta mucho, es necesario para vivir bien. Pero métete esto en la cabeza. Nunca he dejado que una mujer pague mis gastos.

Estás empeorando la situación, Walt. Hasta ahora todos los hombres que he encontrado procuraron vivir a mi costa.

—Imagino que habrá un hombre con el que tu familia te quiere casar.

—Claro que lo hay.

—¿Quién es?

—Un ingeniero.

—Un marido ideal para una millonaria.

—Tendrías que verlo. Es el tipo más aburrido que he conocido en mi vida.

—Eso te lo parecerá ahora, pero cuando sea tu esposo, se tomará confianza y tratará de cosas distintas a puentes y demás chismes de su profesión.

—Pero nunca me podrá contar historias emocionantes.

—Eres sólo una chiquilla ávida de emociones nuevas. En eso no te diferencias de las otras muchachas de tu edad...

—Continúa, me estás divirtiendo mucho. Hablas con voz irritada y eso me sugiere que te duele un poco que yo pueda regresar esta tarde a Nueva York.

—Permíteme decirte que como psicóloga eres una calamidad. Me importa un rábano que te marches.

—Eres estupendo, Walt. Sigues enfadado.

Otro barco pasó frente a ellos. Walt leyó la palabra *Antígona* en un costado.

Siguió con los ojos atentamente la nave que se dirigía hacia uno de los muelles.

—¿Qué te pasa, Walt? —dijo Lizzie, que había vuelto a abrir los ojos.

—Nada. Estaba pensando.

Decidió que no debía decirle nada a la joven. Ella debía tomar el avión de Nueva York. Pensó en la relación que pudiese tener aquel barco con el mensaje que le había facilitado Bárbara en su agonía.

—Será mejor que regresemos a tierra, Lizzie.

—Es muy temprano.

—He de ocuparme de mis asuntos.

—Está bien, como quieras.

Se arrojaron de la balsa y volvieron a la lancha.

En el viaje de regreso, Walt fumó sin pronunciar palabra.

Al llegar a tierra, él se encargó de asegurar la cuerda.

En aquel momento oyó una voz:

—Le voy a romper las narices.

Se irguió observando frente a él al primo Mac, que tenía los puños apretados.

—¿Qué le pasa, Mac?

—¿Adónde la llevó?

—Fuimos a dar una vuelta por ahí.

Lizzie se estaba cambiando en la cabina y asomó la cabeza.

—Eh, Mac, ¿quieres dejar en paz al señor Shannon?

—Te ha embaucado y le voy a ajustar las cuentas.

Mac tiró el puño izquierdo y Walt sólo tuvo que flexionar el torso para que el golpe diese en el vacío.

Mac perdió el equilibrio y se tambaleó hacia el borde del muelle. Trató de frenar, pero no pudo vencer la ley de la gravedad y cayó al agua.

Lizzie se echó a reír.

Walt lo vio hundirse y cruzó los brazos.

Cuando el primo Mac apareció en la superficie, arrojó un buche de agua y se puso a soltar imprecaciones.

Walt hizo un saludo a la joven.

—¡Espera, Walt! ¡Iré contigo...!

—No, Lizzie. El destino nos unió por un momento y ahora nos separa...

Dio media vuelta y se dirigió a una parada de taxis. Entró en un coche y habló al conductor:

—Eh, oiga, quiero que me lleve al muelle donde está atracado un barco llamado *Antígona*.

—Sí, debía llegar esta mañana.

—Ya ha llegado. ¿Quiere darse prisa? Pagaré dobla de lo que marque el taxímetro.

El conductor se dio prisa en hacer la carrera.

Walt llegó a su destino cuando el barco estaba ya atracando.

—¿De dónde viene ese barco? —preguntó a un viejo de unos sesenta años que fumaba en pipa.

—De Norford, Virginia.

Estaban poniendo la escalerilla de pasajeros.

Walt sacó un fajo de billetes.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —preguntó al abuelo.

—Terry Mandeville.

—¿Le gustaría ganarse diez dólares, Terry?

—Seguro, amigo, pero no me diga que me arroje al agua. Soy reumático.

—Sólo me tiene que facilitar una lista de pasajeros.

—Eso me resultará fácil. ¿Puede esperar quince minutos?

—Corriente, Terry.

—Espéreme junto a esos sacos.

Los pasajeros del *Antígona* empezaron a bajar por la escalerilla.

Walt dedicó su tiempo a observarlos, pero no vio ninguna cara conocida.

El abuelo regresó un par de minutos después del tiempo que había señalado.

—Aquí lo tienes, amigo.

Shannon tomó el papel que Terry le alargaba. Era una copia a máquina de la lista de pasajeros que rendían viaje en la ciudad.

Le dio las gracias y el abuelo se despidió.

Walt se puso a leer la lista de pasajeros. Eran casi un centenar.

De pronto, detuvo la mirada en el señalado con el número 53, el doctor Faustus Kessel. Guardó el papel rápidamente y se dirigió hacia la escalerilla de pasajeros.

Subió al barco.

Un marinero le salió al encuentro.

—Eh, usted, no puede subir.

—Sólo quería preguntar por un pasajero al que no vi bajar. Soy familiar suyo.

—¿Quién es?

Doctor Faustus Kessel.

El marinero titubeó.

—No sé contestarle. Diríjase a uno de los camareros.

Walt caminó por cubierta y pronto encontró a un camarero.

Le hizo la misma pregunta.

—El doctor Kessel ocupaba el camarote ciento treinta y dos — dijo su informante. Walt cruzó por un corredor y fue mirando los números de las puertas. Finalmente llegó ante la señalada con el número 132.

Llamó con los nudillos, pero no le contestó nadie. Entonces dio vuelta al tirador y empujó la puerta. La cabina estaba vacía.

Se iba a retirar cuando oyó pasos por el corredor. Escupió una imprecación al ver avanzar a un hombre con una pistola en la mano.

—Quieto ahí, Shannon. No se mueva.

CAPÍTULO VI

El tipo estaba por los treinta años y era alto, de cejas en arco, con una cicatriz sobre la derecha.

—Entre en el camarote, Shannon.

—¿Para qué?

—Se lo contaré luego. Vamos, aprisa, si no quiere que le meta una bala en el hígado.

Walt empujó la puerta y pasó dentro.

Fue a cerrar, pero su enemigo había tomado las precauciones y empujó la puerta con la rodilla.

—No haga trampas, Shannon.

Walt se volvió para dispararle el puño y el fulano de la cicatriz sobre la ceja levantó la pistola.

—Cálmese, muchacho.

—¿Quién es usted?

—Un consejero.

—¿De quién?

—De un patrón que me paga con dinero bueno.

—¿Qué le aconsejó esta vez?

—Me habló de un tipo supersabio que había llegado a la ciudad, de un sujeto que se acostumbra a meter en los negocios ajenos. — Sonrió mostrando unos dientes parejos muy blancos—. Mi patrón me pasó el brazo por el cuello y me dijo: «Francis, ¿qué podemos hacer con ese tipo?». Y yo le contesté: «Lo mejor para esa clase de fulanos es plomo a discreción».

—Hermoso consejo. ¿Cuánto cobrará por él?

—Quinientos dólares.

—Es usted un primo, Francis. Su patrón me hizo una llamada telefónica al hotel donde me hospedo para ofrecerme los cinco mil

machacantes, y si quiere comprobarlo, le sugiero que hablemos con él.

—No sea estúpido. Está diciendo todo eso para prolongar la partida, pero ya llegó la hora de enseñar los naipes y usted tiene mal juego. Pierde, hermano.

—No me diga que me va a matar aquí.

—¿Por qué no? Las paredes son buenas. El disparo no se oirá fuera.

—Claro que se oirá.

El asesino atrapó un almohadón con el que rodeó la mano con que sostenía la pistola. Sonrió otra vez.

—¿Qué dice ahora, hermano?

—Francis, es usted poco observador.

—¿Qué le pica ahora?

—El ojo de buey. Está abierto. El estampido se oirá directamente en cubierta. La policía está fuera. Vi unos cuantos agentes al llegar al barco.

Francis miró el ojo de buey. Era lo que esperaba Walt para saltar sobre él.

El ojo de buey estaba cerrado, de modo que el estampido que se produjo quedó ahogado entre el almohadón y las paredes de la cabina.

La bala pasó muy cerca de la cara de Walt, golpeando contra el metal.

Shannon no dejó disparar por segunda vez a Francis. Le golpeó en el estómago.

Francis dobló las rodillas.

El otro puño de Walt hizo impacto en la diestra armada de Francis. La pistola cayó al suelo.

Los dos hombres se dejaron caer para apoderarse del arma.

Francis le sacó ventaja a Walt y recuperó la pistola.

Pero Shannon lo aprisionó por la muñeca. La pistola giró hacia Francis en el momento en que éste apretaba el gatillo.

Sus caras estaban muy juntas, y Walt vio cómo en el mentón de su enemigo aparecía un agujero.

El proyectil siguió su camino hacia el cerebro y debió reventar allí porque los ojos de Francis saltaron hacia delante, pareció como si colgasen durante unos segundos, y, finalmente, descendieron

poco a poco sobre los agujeros. Pero quedaron en una posición distinta a la que era natural en ellos, uno mirando a la derecha y otro a la izquierda, siniestramente, y por los bordes salió sangre que corrió por las mejillas.

Walt se apartó de Francis y el cadáver golpeó contra el suelo.

No quiso tocar la pistola porque tan sólo conservaba las huellas del muerto.

Salió de la cabina y cerró la puerta encaminándose hacia cubierta.

—¿Encontró al doctor Kessel? —Oyó la voz del mozo que le había atendido.

—No, ya desembarcó. ¿Sabe en qué hotel se iba a alojar?

—Sí, déjeme recordar... —El camarero, un muchacho de rostro vivaz, miró al cielo azul—. Oh, sí, ya lo recuerdo —dijo, volviendo a mirar a Walt—. Hotel Cambridge.

Shannon le entregó dos billetes de a dólar y bajó por la escalerilla.

Se metió en un taxi y dio al conductor la dirección del hotel Cambridge.

En el registro del hotel preguntó por el doctor Kessel.

—Lo siento, caballero —le dijo el empleado—. El doctor Kessel ha dado orden de no ser molestado. Acaba de llegar a nuestra ciudad y necesita descansar unas horas.

Walt le dio las gracias y se apartó del registro.

Dirigióse al bar, pero en el camino hizo una señal a un botones de cara pecosa.

—Soy periodista del *Star*, muchacho, y sé que el doctor Kessel está en el hotel. ¿En qué habitación se hospeda?

Walt le enseñó unos cuantos billetes.

—La doscientos treinta y cuatro.

Shannon le dio un dólar y el botones hizo una mueca.

Walt viajó en el ascensor hasta la quinta planta, pero tuvo que bajar la escalera porque el 234 correspondía a la cuarta.

Apretó el timbre del apartamento a que se dirigía y poco después le abrió la puerta un hombre de cara bien rasurada.

—¿Qué desea?

—Hablar con el doctor Kessel.

—Lo siento, pero no puede recibirle.

—Es muy importante.

—Le repito que el doctor Kessel no puede concederle un solo minuto, amigo mío.

Vuelva esta noche.

—Será entonces demasiado tarde. —No puedo hacer nada por usted.

En aquel momento se oyó una voz brusca.

—¿Qué pasa, Gerty?

—Es un visitante inoportuno, doctor Kessel.

Walt entró en el apartamento.

Vio al hombre que estaba en el hueco de una puerta. Frisaba en los cincuenta años y era alto, grueso, carirredondo, ojos azules muy brillantes. Se cubría con un batín azulado.

El llamado Gerty protestó.

—Eh, usted, salga inmediatamente del apartamento.

—Quisiera hablar con usted, doctor Kessel —dijo Shannon—. ¿De qué asunto?

—Algo personal.

—Usted acaba de decir a mi secretario que si lo demorase sería demasiado tarde. ¿Está usted enfermo? —No, no se trata de eso.

—Doctor Kessel —intervino Gerty—. ¿Quiere que llame al detective del hotel para que arroje a este hombre de aquí?

—No, Gerty, hablaré con el señor...

—Shannon, Walt Shannon.

El joven miraba atentamente la cara de Kessel para ver el efecto que le producía su nombre, pero no hizo ningún gesto especial.

—Está bien, señor Shannon. —Atrajo hacia sí la puerta del dormitorio y la cerró—. Gerty, vaya a hablar con los caballeros que le están esperando.

—¿No prefiere que me quede, doctor Kessel?

—No, Gerty. Es mucho más importante para mí que ventile de una vez el asunto de que hablamos antes.

Gerty dirigió una mirada de animadversión a Shannon y salió del apartamento.

—Siéntese, señor Shannon —dijo el doctor.

Los dos hombres ocuparon cada uno un sillón, quedando enfrentados.

—Le escucho, señor Shannon. ¿De qué quiere hablarme?

—Me envía Bárbara Dowe.

—¿Bárbara Dowe?

—Sí, ése es el nombre de mi amiga.

—Perdone, señor Shannon, pero no recuerdo a esa mujer. ¿Ha sido cliente mío?

—Lo ignoro.

—¿Y para qué lo envía?

—Usted me tenía que decir algo.

—No le comprendo en absoluto. No sé quién es esa Bárbara Dowe, y, por tanto, ignoro qué le puedo decir yo a usted con respecto a ella.

—Seré sincero, doctor Kessel. Bárbara Dowe ha muerto. Fue asesinada. Recibió una bala en el pecho y poco antes de morir dijo tres palabras.

—Perdone que le interrumpa, señor Shannon, pero me temo que usted ha venido aquí equivocado.

—Espere a oír lo que dijo Bárbara Dowe antes de morir y dígame si me equivoco.

—Muy bien. ¿Qué palabras fueron ésas?

—«Antígona» y «Doctor Faustus».

—¿Qué más?

—Eso fue todo.

El doctor Kessel esbozó una sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—Pero ¿qué tengo que ver con eso? Oh, sí. —Esbozó una sonrisa—. *Antígona* es el nombre del barco en que he viajado y yo me llamo Faustus.

—Y es doctor.

—Sí, señor Shannon. Soy doctor y he venido a esta ciudad a pronunciar dos conferencias sobre mi especialidad.

—¿Cuál es?

—La psiquiatría. —Miró fijamente a Walt—. Dígame, señor Shannon, ¿no habrá venido usted aquí como paciente?

—No, no estoy loco, doctor Kessel.

—Bueno —sonrió Kessel—. No hace falta que una persona esté loca para que tenga necesidad de un psiquiatra. Basta a veces un ligero desequilibrio.

—¿Piensa, acaso, que Bárbara Dowe no me dio ese mensaje que le he repetido?

—Sí, es posible que se lo diese, y le voy a decir los motivos que ella tuvo para hacer eso.

—Adelante, doctor.

—Quizá ella pensaba acudir a mí para consultarme alguna cosa. Usted dice que pronunció sus palabras en la agonía. En esos momentos, el cerebro de una persona está fuertemente desequilibrado. Admito que pudiese decir esas palabras «Antígona» y «Doctor Faustus», pero fue lo primero que le vino a los labios. Lo mismo podría haber pronunciado cualquier otra palabra.

—No creo en su hipótesis, doctor. Yo estaba al lado de la moribunda y me quiso dar la solución a un problema.

—¿A qué problema se refiere?

—Es un negocio en el que ya ha habido muchos muertos.

—Lo siento, señor Shannon, pero tengo que pedirle que terminemos nuestra entrevista. Le aseguro que esta conversación es una de las más incongruentes que he sostenido en mi vida. Insisto en que no conozco a ninguna Bárbara Dowe, y suponiendo que me haya equivocado respecto a mi hipótesis, no comprendo por qué esa mujer antes de morir pronunció esas palabras.

Walt se puso en pie.

—Está bien, doctor, ya me marchó, pero quiero decirle algo antes. Uno de los hombres muertos era amigo mío. Para la policía murió en un accidente, pero cuanto más ahondo en el caso, más me convenzo de que también él fue asesinado. No me apartaré del asunto y pienso llegar hasta el fin. Me llegué aquí en busca de su colaboración para aclarar este misterio.

—No le puedo ayudar, señor Shannon. Si estuviese en mi mano hacerlo, lo haría sin vacilar.

Walt tuvo la impresión de que aquel hombre le decía la verdad, pero ¿por qué infiernos Bárbara Dowe antes de morir había pronunciado aquellas palabras «Antígona» y «Doctor Faustus»?

—Gracias, doctor.

El médico lo acompañó hasta la puerta y le ofreció su mano.

—¿Dónde se hospeda usted, señor Shannon?

—Hotel Palmeras, habitación número ciento veinticuatro.

—Si recordase algo con respecto a la cuestión que me ha planteado, me pondré en contacto con usted.

Walt dio una cabezada de asentimiento y se despidió

definitivamente.

Salía del hotel cuando vio que se le acercaba el teniente Nell Sparks, a quien, como la primera vez, acompañaba el agente Stanhope. —Hermoso día, ¿eh, señor Shannon?— dijo Sparks.

—Para ustedes debe resultar muy aburrido. Me dijeron que el cielo de Florida es siempre como éste.

—No, Shannon. Para nosotros no fue un día aburrido. ¿Y sabe por qué? Encontraron a un hombre muerto en un camarote de un barco recién llegado a la ciudad.

—Muy interesante para ustedes.

—Para usted también lo va a ser.

—¿Por qué lo cree, teniente?

—Usted estuvo en ese barco. El *Antígona*. ¿No es así?

—De acuerdo, teniente, estuve en ese barco.

—Se llegó allí preguntando por el doctor Kessel y un mozo le indicó el camarote en que había viajado.

—Correcto, teniente.

—¿Fue al camarote del doctor Kessel?

—Sí, pero no lo encontré.

—¿Qué hizo luego?

—Fui otra vez a cubierta, y pregunté al mismo mozo si conocía el nombre del hotel en que Kessel se hospedaría. —Por eso ha venido aquí.

—Sí.

—Pero antes de salir del camarote mató a un hombre.

—¿Yo, teniente? ¿De qué está hablando?

—No se haga el listo, Shannon. Usted mató a ese hombre.

—Teniente, usted la ha tomado conmigo —sonrió Walt—. Primero pensó que yo venía aquí a desplumar a los garitos. Quiso alejarme de la ciudad y ahora encuentra un muerto y trata de cargarlo en mi cuenta... Oh, no, mi querido amigo. Yo no sé nada de eso. —Oiga, Shannon, no puedo probarle que usted mató al hombre que encontramos en el camarote del doctor Kessel porque se cuidó bien de limpiar las huellas dactilares y el muerto tenía su propia pistola en la mano. Nuestros peritos en balística demostrarán que la bala alojada en el cerebro del tipo corresponde al arma. Por todo ello no le voy a acusar.

—Me alegra que me de tan buenas noticias.

—Es cierto que ha mantenido su palabra de no acercarse a ningún casino de esta ciudad, pero, por otra parte, está jugando su partida más peligrosa.

Stanhope intervino con voz rabiosa:

—¿Es que no lo va a detener, teniente?

—No, Stanhope —le contestó Shannon—. Ya lo ha oído. No me va a detener. Tendrá que esperar al próximo cadáver que encuentren.

Stanhope levantó un puño.

—Me gustaría deshacerle la cara.

—Espere también su momento... si es que llega.

Stanhope levantó el brazo para descargarlo sobre Walt, pero el teniente lo atrapó por la muñeca.

—Quieto, Stanhope —agregó mirando a Walt—. Se lo repito, Shannon. Tenga mucho cuidado con la partida que ha entablado.

Walt le hizo un saludo con la mano y se alejó de los dos policías.

CAPÍTULO VII

Shannon se disponía a entrar en su hotel. Necesitaba descansar un rato. Pero de pronto oyó que le llamaban por su nombre. Era el primo Mac.

Walt lo esperó con las cejas enarcadas.

Mac llegó hasta él mostrando en su cara una gran irritación.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Lo sabe perfectamente, Shannon. Me estoy refiriendo a mi prima.

—¿Qué le ha pasado a Lizzie?

—No conteste a mis preguntas con otras preguntas, Shannon. Está a punto de agotar mi paciencia.

—Usted también la mía y, le aseguro que, cuando eso ocurre, resulto un individuo peligroso.

—Ha escondido a Lizzie. ¿Sabe que eso es un secuestro?

—No me diga.

—Sí, Shannon —sonrió Mac—. No dudo que Lizzie habrá ido voluntariamente con usted adonde sea, pero ella es menor de edad, y, según la ley, su voluntad no cuenta. Le aseguro que nuestros abogados se encargarán de demostrar que lo que usted ha hecho ha sido un rapto.

—¿Ya terminó, Mac?

—Dígame ahora dónde la ha dejado. Nuestro avión sale dentro de unas horas y no quisiera perderlo.

—Métase esto en la cabeza, Mac. No sé dónde está Lizzie. La última vez que la vi fue en el muelle, cuando usted estaba tragando agua.

Al oír aquello, Mac se puso lívido.

—De modo que no quiere colaborar.

—¿Cómo quiere que lo convenza, Mac? Explíqueme cómo desapareció. Mac titubeó unos instantes.

—Nos fuimos al hotel desde el muelle. La dejé en su apartamento, pero tomé la precaución de cerrar la puerta con llave. Subí a mi habitación de la planta de arriba con ánimo de preparar la maleta y reunirme con mi prima. Tenía la intención de no separarme de ella hasta el momento en que llegase la hora de irnos al aeropuerto. Sólo invertí quince minutos en toda la operación, pero cuando regresé al apartamento de Lizzie, me encontré con que ella no estaba allí.

—¿Preguntó a los camareros?

—Sí, pero ninguno pudo darme razón.

—¿Dónde estaban sus detectives privados?

—¿Eh?

—Lizzie me habló de que ustedes tenían contratados a una manada de ellos para seguirla.

—Sólo había un detective en el vestíbulo y no la vio cruzar hacia la calle.

—Entonces debió utilizar la puerta de servicio. ¿La tenía vigilada?

—No, pero suponiendo que ése fuese el camino que eligió para escapar, ¿cómo abrió la puerta del apartamento que yo había cerrado con llave?

—Me temo que Lizzie sabe allanar esa clase de dificultades. Apuesto a que no es la primera vez que se le escapa. Habrá tenido que hacer un curso de ganzúas para librarse de la vigilancia de ustedes.

—Nosotros sólo la vigilamos en su propio interés. La familia piensa que Lizzie sería fácil presa de cierta clase de tiburones.

—Ya comprendo; pero ¿se miró en el espejo con la boca abierta, Mac?

—¿Qué dice?

—Sus dientes son muy afilados. Sería capaz de dejar sin brazos a su prima de una sola dentellada.

—No le consiento eso.

—Ya está dicho, Mac. Y además, no lo siento. Es la pura verdad.

—Es usted un cínico, Shannon. Va detrás de mi prima por su

dinero.

—Me importa un rábano la fortuna de su prima.

—Lo mandaré detener.

—No sea ridículo, Mac. Trataré de dar con su prima.

—Tengo ganas de golpearle en las narices.

—Hace poco me dijo otro hombre lo mismo. Inténtelo, Mac.

Mac hizo un gesto para tirarle el puño, pero se interrumpió recordando quizá la facilidad con que Walt lo había burlado en el muelle.

—Vamos, Mac, ¿qué espera?

El primo de Lizzie alzó la barbilla.

—Otros se ocuparán de usted. Yo no mancho mis manos con cierta clase de gente.

Shannon atrapó a Mac por el cuello de la camisa.

—Le voy a hacer una advertencia, Mac. No se cruce en mi camino. No lo haga o le pesará.

—¡Suélteme!

—Ya lo sabe. Déjeme en paz. Yo soy un tipo que no advierte dos veces.

Lo soltó, pegándole un empujón y Mac salió disparado derrumbándose sobre los cuartos traseros.

Shannon entró en el hotel hecho una furia y subió en el ascensor hasta su planta.

En su apartamento se puso a pasear fumando un cigarrillo.

Sonó la campanilla del teléfono.

—Walt Shannon —dijo por el micro.

—Hola, Walt. El destino no nos quiere separar.

—¿Dónde estás?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Para llevarte hasta el avión de Nueva York.

Lizzie rió por el cable.

—¿Te pasaste al otro bando?

—Sí.

—¿Por cuánto dinero?

—Todavía no puse precio.

—Mac te pagará muy bien. Yo te ayudaré a señalarle la cantidad. Quizá consigas dos mil dólares. No esperes sacar más. Mac es un tacaño, aunque debo decirte que es un mal de familia.

—Lizzie, deja ya de bromear y dime dónde estás.

—En un rincón del paraíso, pero me falta mi Adán, y he pensado que tú podrías correr con el papel.

—Dame la dirección del paraíso.

—Es un pueblecito cercano a la ciudad. Se llama Cap Flower. ¿No resulta poético?

—Mucho, pero agrega el lugar concreto de Cap Flower.

—Al llegar al pueblo aléjate por el camino que va hacia el interior. Encontrarás un motel, el Veracruz. He ocupado el *bungalow* número doce, pero no utilicé mi nombre, sino el de Stella Redford. Date mucha prisa, Walt.

Shannon salió del hotel. Tenía la impresión de que lo seguían, pero ahora no podía ir a Cap Flower en compañía de nadie.

Tomó un taxi y dijo al conductor que lo llevase al barrio latino.

Al llegar allí pagó al conductor y se internó por las callejuelas.

Pronto pudo comprobar que le seguían dos hombres.

Caminó con paso indolente, pero cuando llegó a una esquina echó a correr. Todavía podía competir con profesionales en una pista de atletismo. Le bastó unos minutos de carrera por aquel laberinto para despistar a sus seguidores.

Finalmente, tomó otro taxi y ordenó al conductor que lo llevase a Cap Flower.

Lizzie no había exagerado nada describiendo el lugar como un rincón del paraíso. Había toda clase de flores tropicales rodeando el motel.

Una joven rubia regaba el césped que rodeaba uno de los *bungalows*. Al ver a Shannon, hizo un saludo con la mano invitándole con una insinuante sonrisa. Pero Walt no estaba para *flirts* y continuó andando hasta la cabaña número 12.

Abrió la puerta si llamar.

Lizzie estaba con su blusa y sus *shorts* cabeza abajo, haciendo el pino junto a la pared.

—Hola, querido. Te demoraste mucho.

Walt llegó a su lado y le pegó un empujón en los tobillos enviándola al suelo.

—Vístete inmediatamente. Nos vamos.

—¿Adónde?

—A la ciudad.

—¿Te has tomado en serio el papel de redentor?

—Oye, nena, estoy tratando de descifrar un jeroglífico del que no sé nada. He visto correr la sangre en abundancia, y por si me faltaba algo, un tipo estúpido me acusa de secuestro.

—Eso es magnífico. ¿Eso ha hecho Mac?

—Sí, monada. Estaba dispuesto a denunciarme a la policía. ¿No crees que tengo demasiadas complicaciones para que tú agregues otra?

Ella se levantó, y poniéndose de puntillas, trató de besarle en la boca.

—Apártate, Lizzie.

—¿Por qué he de apartarme? —dijo ella, manteniendo su cara muy cerca de la de él.

—Recuerda que hasta dentro de unos meses no tendrás la mayoría de edad.

¿Es eso un impedimento entre un hombre y una mujer?

Sí, cuando ella tiene ocho millones de dólares.

Lizzie le sonrió y, finalmente, le besó en la boca rodeando el cuello varonil con sus brazos.

Pero Walt dejó colgar los suyos.

Lizzie apartó sus labios de los de Shannon.

—¿Eres un témpano, querido?

—Contigo, sí.

—Embustero. He sentido palpar tu corazón.

—Si se estuviese quieto, me moriría.

—Ha latido más aprisa. —Ella le puso la mano izquierda en el pecho—. Y sigue latiendo.

Walt la tomó por los brazos.

—Está bien, late más aprisa. Es verdad. Eres una chica muy atractiva y yo soy de carne y hueso. Por eso quiero que te alejes de mí. Sólo te puedo hacer daño, Lizzie.

—Será un daño maravilloso.

—Haré un pacto contigo. Volverás a Nueva York. Cuando yo haya terminado el caso, iré en tu busca.

—No, Walt.

—¿Por qué no?

—Serías un traidor, no cumplirías tu palabra. Además, yo no quiero ir a Nueva York. Tengo derecho a disponer de mi vida.

—Muy bien. Me quedaré contigo y luego me entregaré a la policía. Los abogados de tu familia serían capaces de pedir para mí la última pena basándose en el secuestro.

—Pueden pedir lo que quieran, pero yo reduciré a polvo la acusación.

Walt se apartó de la joven.

—¡Está claro! ¿Cómo no lo he comprendido antes?

—Oh, Walt, al fin te has dado cuenta de que me amas.

—Soy el hombre más estúpido de la tierra. Estaba ante mis ojos, pero yo tenía una venda que me impedía ver.

—Walt, qué cosas más bonitas estás diciendo ahora.

Shannon le dio la espalda y caminó lentamente hacia la pared del fondo.

—Eso fue lo que me quiso decir ella.

—¿De qué estás hablando, Walt?

—Del doctor Kessel, de Bárbara Dowe, de lo que pretenden esos hombres.

—Walt, no sabía que un beso te fuese a producir tanto efecto.

—Te lo debo a ti. Sí, Lizzie, tú has pronunciado la palabra mágica. Secuestro. Eso es lo que pretenden hacer. Estoy seguro. Van a secuestrar al doctor Kessel.

—Debería arrojarte ese jarrón a la cabeza... y yo creí que estabas hablando de mí, de nuestro amor.

—Vístete inmediatamente, necesitamos salir de aquí.

—¿Para qué?

—He de ver inmediatamente al doctor Kessel. ¿Es que no lo has oído? ¡Lo van a secuestrar! ¡Vamos, date prisa! —No iré contigo a ninguna parte.

Walt apretó los dientes. Vio el teléfono sobre una mesa ratona y fue rápidamente hacia él.

—Advertiré al doctor Kessel y luego me ocuparé de ti.

En aquel momento se abrió la puerta.

Walt tenía la mano en el auricular.

—Deje ese teléfono, míster —dijo una voz.

La joven lanzó un grito.

Walt volvió la cabeza y vio a un hombre de piel amarillenta junto a la pared, con una pistola en la mano.

—Guarde esa pistola, señor Porter —dijo Lizzie.

El llamado Porter sonrió enseñando unos dientes manchados.

—No, señorita Bayley. No guardaré la pistola hasta que entregue ese tipo a la policía.

—¿Quién es, Lizzie? —preguntó Walt.

—Harper Porter, uno de los detectives privados que ha contratado mi familia para vigilarme.

Porter poseía unos ojos de párpados caídos.

—Usted se creyó muy listo cuando se fue al barrio latino para desembarazarse de sus perseguidores, Shannon, pero calculó mal. No éramos dos, sino tres. Cuando lo vi entrar allí, supuse lo que iba a hacer. Yo no abandoné mi coche. Mientras mis dos compañeros corrían tras de usted, tracé un círculo y me aposté en el lugar en que probablemente usted aparecería. Tuve un poco de suerte y acerté.

—Muy bien, Porter, es usted un gran detective. Ya ha recuperado a la chica. Llévase la al primo Mac y reciba su premio.

—Es lo que usted quiere, ¿verdad?

—Es lo que le conviene.

—No, Shannon. El premio sería muy pequeño y yo quiero uno grande. Usted está aquí con la muchacha y quiero sacar el máximo partido de la situación.

La joven dio unos pasos hacia el detective.

—¿Qué va a hacer, Porter?

—Disculpe, señorita Bayley, pero yo sólo sigo órdenes.

—Del primo Mac, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien, Porter. Ahora va a seguir las órdenes que yo le dé.

—No, señorita Bayley.

—Le pagaré más dinero que Mac.

Porter frunció el ceño, pero no dejó de sonreír. Era una sonrisa desagradable.

—¿Sería capaz de hacer eso, señorita Bayley?

—Sí.

—Parece que Shannon le interesa mucho.

—No quiero causarle ningún mal. Eso es todo.

—¿Sólo eso?

—Vino aquí a mi instancia, señor Porter. Yo soy la única culpable.

—¿Cuánto me daría, señorita Bayley?

—Mil dólares.

Eso es muy poco.

Está bien. Le pagaré el doble.

—No es bastante.

—El primo Mac no le daría tanto.

—Eso es verdad. Su primo no me daría tanto, pero uno ha de aprovechar sus oportunidades. Usted me comprende, ¿verdad, señorita Bayley?

Shannon cerró los puños.

—Es usted un maldito chantajista, Porter.

El detective privado rió entre dientes.

—No se ponga nervioso, Shannon. Esto es un negocio como otro cualquiera. Uno tiene una mercancía, algo que ofrecer y pide un precio. Si no hay arreglo, se busca otro comprador. —Volvió a mirar a la joven—. Me dará cinco mil dólares.

—Está loco. No tengo ese dinero.

—Usted es millonaria.

—Lo soy, pero ahora no dispongo de una cantidad tan grande.

—Me los dará si quiere que juegue en su equipo. De lo contrario, continuaré donde estoy.

—Está bien, señor Porter. Le daré ahora los dos mil que tengo. Los otros tres mil se los entregaré más adelante. —No, eso no me conviene.

—Estoy dispuesta a firmarle un pagaré por el resto. Así tendrá la seguridad de que va a cobrar.

—No me crea ingenuo, señorita Bayley. La presentación de ese pagaré sería suficiente para enviarme a la cárcel. Tengo experiencia con respecto a eso. Recuerde que soy un profesional.

—¿Cómo quiere que lo arreglemos, entonces? Le he ofrecido la única solución a mi alcance.

—Hay otra —dijo Porter, y recorrió con la mirada el cuerpo de la joven.

—¿Qué está pensando? —repuso Lizzie.

—En lo que usted piensa ahora.

Shannon dio dos pasos hacia el detective.

—¡Lo voy a hacer pedazos!

—Celoso, ¿eh? De modo que también el muchacho listo se

prendó de la hermosa princesa.

—Es usted un cerdo, Porter.

—Piensen que no soy un tipo demasiado exigente. Le aceptaré los dos mil dólares, pero usted vendrá conmigo. Mañana podrá regresar al hotel. Iremos a cierto lugar escondido de las miradas ajenas. Algo parecido a esto.

—No espere de mí que acepte, Porter —dijo Lizzie.

—Entonces tendrá que despedirse para siempre del muchacho listo. El primo Mac le quiere ajustar las cuentas y va a ser en grande.

—No te preocupes, Lizzie —dijo Walt—. Del primo Mac y de Porter me encargo yo.

El detective rió otra vez.

—Yo soy quien dirige esta fiesta. Estoy pensando en algo mucho mejor, en pegarle un tiro y retirarlo de la circulación.

—Hágalo y lo asarán como asesino —dijo Lizzie.

—¿Cree que soy tonto, nena? Ustedes dos vendrán conmigo. Armaré una buena comedia. Sí, creo que eso va a ser lo mejor, y no van a ser cinco mil dólares los que voy a cobrar de todo eso. Va a ser mucho más.

—No voy a ir con usted a ninguna parte —opuso Lizzie.

—Claro que vendrá, si no quiere que le meta una bala a Shannon aquí mismo.

—Creo que le he adivinado el pensamiento —intervino nuevamente Walt—. Sé cuál es su plan, Porter. Nos matará a los dos, a ella y a mí, pero piensa prepararlo todo para que yo cargue con la culpa. Dispondrá el escenario para que crean que yo abusé de la muchacha y luego la liquidé. Usted se presentó en ese momento y me levantó la tapa de los sesos. De esa forma quedará como un hombre que acabó con un secuestrador. Naturalmente, Mac se encargará de que crean su versión. Si Lizzie muere, el primo Mac podrá meter mano a los millones.

—El muchacho listo aviva la inteligencia.

—Es usted un canalla —exclamó Lizzie—. ¿Es cierto que ha pensado en esa suciedad?

—No, nena. Sólo en una parte de ella. Según te comportes, el final será distinto. ¿Qué te parecería yo como marido?

—Ahora ya estoy segura que no funciona bien su cabeza.

Harper Porter rió a golpes estremeciendo los hombros.

—Llevo quince años dedicado a la profesión. Tuve que salir de algunos estados porque se me pusieron las cosas difíciles. Siempre estuve esperando que llegase mi momento. Me he dicho un millón de veces que cuando las circunstancias me fueran favorables, me reiría del mundo y creo que esas circunstancias ya se han producido. Éste va a ser mi momento.

—Sí, Lizzie —dijo Walt—. Ese hombre está muy mal de la cabeza.

La cara de Porter quedó repentinamente seria.

—Basta de palabrería. Tú, nena, ponte un abrigo por encima. Con eso te bastará. Nos largamos.

Lizzie miró a Walt y éste sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Lizzie, será mejor que le obedezcas.

La joven se dirigió hacia el dormitorio.

—Deja la puerta abierta —ordenó Harper.

Lizzie se introdujo en la habitación y dejó la puerta abierta. Harper se adelantó para poder observar mejor a Lizzie.

Shannon saltó sobre el detective.

Creyó que se quedaría corto en el salto, pero Harper todavía dio un paso hacia delante y se revolvió.

Walt le golpeó con el puño en la sien.

Harper se derrumbó estrepitosamente golpeando la cabeza contra la pared.

La pistola le resbaló de los dedos, puso los ojos en blanco y finalmente se relajó.

Walt se acercó al detective y comprobó que sólo estaba desmayado. Atrapó el arma y la guardó en el bolsillo.

Lizzie apareció con el abrigo puesto.

Vámonos de aquí, Lizzie.

Tengo el automóvil en la cochera.

—Recoge tus cosas.

—Ahora mismo, Walt.

Shannon se acercó al teléfono y marcó el número del hotel Cambridge. Pidió a la operadora que lo pusiese con la habitación número 234.

Sonó el zumbido dos veces y al fin atraparon el auricular.

—¿Doctor Kessel?

—¿Quién llama?

—Walt Shannon.

—¿Otra vez usted?

Walt identificó la voz de Gerty, el secretario de Kessel.

—Quiero hablar con el doctor inmediatamente.

—No se encuentra aquí.

—¿Adónde fue?

—No es asunto suyo.

—Oiga, es importante. Dígame dónde está el doctor Kessel.

—Hace un rato vinieron dos doctores por él.

—¿Para qué?

—Tenían que mostrarle el salón donde va a dar su primera conferencia esta noche. —¿Conocía usted a esos doctores?

—No los había visto antes, pero forman parte de la comisión organizadora del acto.

—Dígame sus nombres.

—Doctor Verriger y Lennox.

Sobre la mesa había una guía telefónica, Walt la consultó y luego marcó el número del doctor Harold Verriger.

Oyó enseguida la voz de una joven.

—Clínica del doctor Verriger.

—Quiero hablar con el doctor.

—¿Quién es usted?

—Walt Shannon. Se trata de un caso urgente.

—Ahora mismo paso la comunicación.

Walt esperó unos instantes y oyó una voz varonil.

—¿Sí?

—¿El doctor Verriger?

—Desde luego.

—Doctor Verriger, deseo hablar inmediatamente con el doctor Kessel.

—Entonces tendrá que marcar el número del hotel Cambridge.

—¿Quiere decir que no se encuentra con usted?

—No. ¿Por qué había de estar conmigo?

—Doctor Verriger, ¿no fue usted con el doctor Lennox al hotel Cambridge por el doctor Kessel?

—En absoluto. No me he movido de la clínica desde que llegué

esta mañana.

—Disculpe, doctor Verriger —dijo Walt, y colgó.

Lizzie estaba en el hueco del dormitorio con la maleta en la mano.

Los dos se miraron y Shannon dijo:

—Ya ha ocurrido, Lizzie. Secuestraron al doctor Kessel.

CAPÍTULO VIII

El doctor Kessel miró por las ventanillas del coche en que viajaba flanqueado por los hombres que se habían presentado ante él como Verriger y Lennox.

—Eh, oigan, estamos saliendo de la ciudad.

Ninguno de los hombres que le acompañaban dijo una palabra.

El doctor Kessel miró con más atención por la ventanilla, pero, de pronto, el individuo que se sentaba a su izquierda corrió las cortinas.

—Tranquilícese, doctor Kessel.

—¿Qué significa esto?

—Significa que no vamos al auditórium.

—No le comprendo.

—Hará un viaje, pero será corto. Llegaremos en media hora.

—¿Adónde?

—A cierta casa donde un hombre lo está esperando.

El doctor Kessel arrugó el ceño.

—No creo que sea usted el doctor Verriger.

—No, no lo soy. Ni tampoco él es el doctor Lennox —señaló al otro hombre, un tipo de cejas blancas.

—Son ustedes dos farsantes. Han usurpado el nombre de dos doctores para sacarme del hotel.

—Le dije antes que se tranquilice, doctor Kessel.

—¿Qué pretenden?

—Lo sabrá a su debido tiempo. Ahora será mejor que se esté quieto. Sinceramente, no nos gustaría hacerle ningún daño, doctor Kessel.

El doctor fue a protestar, pero terminó por cerrar la boca, conteniendo la sorda ira que lo dominaba.

El hombre que conducía se mantenía callado y quieto. Kessel vio su cogote plano, el cabello rubio, las orejas arrepolladas.

El coche corría por el camino de la costa hacia el Norte.

Poco después abandonó aquella pista para internarse por un camino solitario.

Transcurrida la media hora a que se había referido el falso Verriger, el coche frenó bruscamente.

—Ya hemos llegado, doctor Kessel.

Saltaron del coche y Kessel se vio ante una casa de dos pisos.

El coche había entrado por un portón y hallábase en un jardín donde crecían los arbustos tropicales y estaba rodeado por altos muros.

Un perro ladró, en alguna parte y una voz lo aquietó.

—Venga con nosotros, doctor Kessel —dijo el falso Verriger.

Subieron al porche y se abrió una puerta sin necesidad de que llamasen.

Kessel vio a un hombre de mediana estatura, de facciones alargadas, nariz aguileña. Se cubría con una camisa floreada.

—Bien venido, doctor Kessel —sonrió, tendiéndole la diestra.

Kessel no aceptó la mano.

—¿Es usted el dueño de esta casa?

—Sí, y puede llamarme Pat.

—¿Para qué me ha traído aquí?

—Entre y lo sabrá enseguida, doctor.

Los cuatro hombres se trasladaron a un gabinete. Al lado de una ventana, en un sillón de cuero, descansaba un hombre que se cubría con *shorts* y que tenía el pecho desnudo. Su mirada estaba fija en la pared de enfrente.

Pat se acercó al sillón seguido del doctor Kessel y de los falsarios.

El hombre que estaba sentado en el sillón no movió los ojos. Siguió mirando al punto donde los había detenido, como si nadie hubiese entrado en la habitación. Su cara estaba llena de cicatrices.

—George... ¿Me oyes, George?

George desvió lentamente los ojos hacia Pat, pero no dijo nada.

—Hemos traído a un doctor, George. Él te va a curar. Ya puedes estar seguro de que lo hará.

—¿Quién es este hombre? —preguntó el doctor Kessel.

—George Burke.

—George Burke —repitió Kessel—. ¿Se refiere al *gángster*?

—Sí, doctor Kessel, el famoso Burke. Ése es el hombre que usted tiene delante.

—Lo dieron por desaparecido, si mal no recuerdo, hace un par de años.

—Sí, doctor Kessel. Su avioneta particular capotó. Se encontró un cadáver carbonizado y se dio por supuesto que era el de George Burke, pero da la casualidad que en la avioneta viajaban dos hombres, Burke y un tipo que él había contratado para sacarlo del país. Burke resultó gravemente herido. No le quiero hacer larga la historia. Bástele saber que mi amigo Burke fue recogido por un par de hombres y que me enteré antes que nadie de lo que había pasado porque yo tenía más interés por Burke que la propia policía... Sí, doctor Kessel, me encargué de que Burke recibiese los cuidados adecuados para que no muriese. Lo necesitaba vivo. ¿Y sabe por qué?

—No soy adivino.

—Por un millón de dólares, doctor Kessel. Burke había escondido en alguna parte un millón de dólares. Me la pegó a mí, a su socio. Por eso pensaba huir. Pero antes de emprender aquel vuelo había colocado en algún lugar el millón. Durante mucho tiempo he gastado mi dinero para que mis hombres husmeasen por todas partes en busca de una pista que condujese hasta el lugar donde Burke había guardado el millón de dólares, pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos. Sólo un hombre podía darme la solución, el propio Burke. Pero ¿sabe lo que ocurrió? Mi buen amigo Burke no perdió la vida, aunque quedó hecho un despojo. Pero se convirtió en un pequeño monstruo que respira. En eso quedó convertido Burke. Su cabeza resultó dañada. Es lo que dijo el doctor que le asistió. Perdió la memoria. ¿Lo oye, doctor Kessel? Al principio creí que era una estratagema de Burke. Utilicé todos los medios para conseguir que me dijese dónde había guardado el millón de dólares, pero al fin no tuve más remedio que convencerme de que el doctor no me había engañado. Aquí tiene a este maldito. Usted tiene que curarlo, doctor.

—¿Por qué cree que yo puedo hacer eso?

—Usted es el mejor especialista de la cabeza del país y no diga

que no lo es. Me he informado bien. Cuando un tipo podrido de dinero de nuestro país o de Europa está mal del piso de arriba, ¿a quién llama? Al doctor Kessel. Y no sólo asiste usted a la gente que le salen los billetes por los oídos. El año pasado asistió a un rey, a dos presidentes de Gobierno, a varios ministros, y cada uno de ellos estaba en distintas partes del globo.

—Debo decirle algo, Pat. Admito que estoy considerado como uno de los mejores doctores en el campo de mi especialidad, pero no soy infalible. También he tenido fracasos.

—No fracase en esto, doctor. Tiene que devolverle la memoria a Burke. Hágalo, aunque sólo sea por un minuto. ¿Lo oye? Aunque sólo sea por un minuto. Lo demás corre de mi cuenta.

—No puedo hacer tal cosa. Ni lo intentaré siquiera.

—¿Por qué no, doctor?

—Suponiendo que yo pudiese devolver la memoria a este hombre, lo cual no puedo asegurar en este momento, usted lo mataría apenas le hubiese dicho, el lugar donde escondió el millón de dólares.

—De modo que es eso lo que le preocupa.

—Sí, Pat. Me preocupa mucho la vida de un semejante. Mi misión consiste en salvar, no en ayudar a exterminar un ser humano, y es eso lo que usted me invita a hacer. Si este hombre continúa como está, usted no lo matará nunca. Siempre conservará la esperanza de que pueda recuperar la memoria algún día. Si la recupera, usted ejecutará la sentencia de muerte que le ha impuesto.

—Ha soltado una parrafada muy brillante, doctor Kessel.

—Será mejor que me devuelva al hotel.

—¿Cree que puedo hacer eso?

—No le denunciaré a la policía, si es eso lo que teme.

—Usted no se va a ir de aquí, doctor Kessel. Debería tener en cuenta la forma en que ha sido traído.

—He sido objeto de un secuestro.

—Exactamente.

—Pudo traerme sin necesidad de recurrir a esos métodos. Con haberme dicho que era imprescindible viese a un paciente en grave estado, habría sido suficiente.

—Sí, doctor. Usted es un hombre muy humanitario y no dudo

que hubiese venido. Yo le podría haber dado un nombre falso del paciente y usted se habría puesto a su trabajo. Todo eso podría haber hecho, pero he preferido secuestrarle porque es lo que a mí me convenía en todos los sentidos. Usted podría haber identificado a Burke, a pesar de sus cicatrices, usted podría haber encontrado algo anormal en los hombres que nos encontramos en esta casa, y, por otra parte, si usted hubiese venido aquí por su propia voluntad, ¿quién me dice que no habría desistido curar a Burke en mi propia casa? Usted habría podido aconsejar el traslado de Burke a su sanatorio particular de Nueva York. ¿Lo va comprendiendo? Yo no podía correr tal riesgo.

—Sí, creo que voy comprendiendo.

—Magnífico, doctor Kessel. Yo le brindo una oportunidad de que usted realice su humanitaria labor. En cuanto a la sentencia de muerte, no se preocupe, no es asunto suyo.

—Se equivoca. Lo es.

—Está bien. ¿Quiere que le de mi palabra de que no mataré a Burke? Se la doy. Sólo me interesa el paradero del millón de dólares.

Hubo una pausa. Pat rió.

—No me cree, ¿verdad? Está bien, se lo juraré. —Levantó la mano—. Palabra de Pat Rice.

—No ha tenido usted en cuenta ciertas cosas, señor Rice.

—¿El qué?

—No he traído mi maletín. No tengo nada a mano para atender a mi paciente. Pat se echó a reír.

—¿Le preocupa eso?

Hizo chascar los dedos y el falso Verriger abrió una puerta. Ante los ojos del doctor Kessel apareció una clínica.

Penetró en ella y observó el instrumental, así como una vitrina en donde había un centenar de medicamentos.

Pat había ido tras de él.

—Aquí están todos los adelantos de su especialidad, doctor Kessel, y también tenemos las medicinas más caras.

—¿Cómo ha logrado esto?

—Naturalmente, no pensará que yo he estudiado la carrera para hacerle la competencia, doctor Kessel... Oh, no, eso no es lo mío. Pero me asesoré convenientemente. ¿Sabe lo que me ha costado

todo lo que hay aquí? Veinticinco mil dólares... Sí, señor, ésa es la clase de inversión que yo he hecho por mi buen amigo Burke... Me apena mucho verlo así.

—No sea cínico, señor Rice. Son los individuos que aborrezco más en este mundo.

Pat sacudió la cabeza.

—Corriente, doctor. Empiece su trabajo.

—Todavía no le he dicho que acepto.

Pat Rice borró de sus labios la sonrisa.

—Doctor, creí que no me obligaría a llegar a esto. Pero ya que usted lo quiere, se lo diré claramente. Si no devuelve la memoria a este hombre, no saldrá vivo de esta casa. —¿Llegaría a eso?

—Sí.

—¿Cree que me importa morir?

—No, doctor, quizá usted esté capacitado para llegar a ese sublime sacrificio. Tiene usted un alto sentido de su deber profesional, pero si siente desprecio por la vida, recuerde a sus pacientes, a todos aquellos que confían en la ciencia del doctor Kessel... ¿Es moral para usted morir cuando tan necesario es a una humanidad que sufre? ¿Puede disponer de su propia vida cuando usted, con sus conocimientos, puede hacer, tanto por su prójimo?

—Es usted un miserable, señor Rice.

Pat se echó a reír.

Le he puesto el dedo en la llaga, ¿eh, doctor Kessel? Pero entérese de una vez, soy un tipo que ha leído mucho. No puedo hacerle la competencia en su disciplina, pero he leído a Platón, a Dale Carnegie y a otros tipos que saben un rato de psicología... Cure a ese hombre, doctor Kessel. Hágale recuperar la memoria y usted podrá salir de aquí vivo y continuar haciendo su benemérita obra en favor del mundo doliente. Pero, si no me obedece, si no le devuelve la memoria a ese hombre, ya puede estar seguro de que lo mataré sin vacilar. Ahora están las cosas claras, doctor.

Usted me ha obligado a hablarle así.

—Le agradezco mucho su claridad.

—Magnífico, doctor Kessel... Sabía que usted y yo acabaríamos por entendernos, y, ¿sabe por qué? Porque Pat Rice siempre ha sabido hacer bien las cosas.

CAPÍTULO IX

Walt Shannon abrió la puerta del apartamento número 234 del hotel Cambridge. Gerty, el secretario de Kessel, alzó los ojos del diario que leía.

—¿Usted otra vez?

—Sí, Gerty, y tengo sobrados motivos para estar aquí.

Gerty se puso en pie.

—Oiga, el doctor Kessel no ha vuelto todavía.

—¿Para cuándo lo esperaba, Gerty?

—Ha de venir para cambiarse antes de acudir al auditorio donde pronunciará la conferencia.

—Me temo que el doctor Kessel no vendrá a cambiarse ni tampoco pronunciará la conferencia.

—¿Qué está diciendo?

—Su jefe ha sido secuestrado.

Gerty agrandó los ojos.

—Está desvariando. ¿Quién va a querer secuestrar al doctor y por qué?

—No puedo responder a su pregunta, pero después de hacerle mi llamada, hablé con el doctor Verriger. No se había movido de su clínica.

—¿Qué tontería es ésta?

—Puede comprobarlo usted mismo. Marque su número.

Gerty titubeó unos instantes, pero finalmente realizó la comprobación telefónica. Habló con el doctor Verriger, a quien preguntó por el doctor Kessel. Escuchó por unos instantes la respuesta que le llegaba por el cable y al fin colgó.

—¿Qué significa esto? El doctor Verriger me ha dicho que no ha visto al doctor Kessel. También dijo que anteriormente había

recibido la llamada de un hombre haciéndole la misma pregunta. Fue usted.

Descolgó otra vez el auricular.

—¿Qué va a hacer, Gerty? —preguntó Walt.

—Ponerme en contacto con la policía.

—No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Podría poner en peligro la vida de Kessel.

Gerty quedóse pensativo unos segundos.

—Tiene usted razón. Ése es el proceder de los secuestradores. Si uno avisa a la policía, matan a la víctima.

—Usted vio a esos hombres, ¿verdad, Gerty? ¿A los falsos Lennox y Verriger?

—Sí.

—Describámelos.

—El hombre que se hizo pasar por Verriger está por los cuarenta años de edad y es alto, rollizo, frente abombada. El falso Lennox posee cejas blancas. Cuando está serio la comisura de su boca está muy curvada hacia abajo. Está por los treinta y cinco años. Los dos se cubrían con traje y corbata oscuros y camisa blanca.

Probablemente esa indumentaria no será de su gusto. Se la pusieron para dar el tipo de doctor. ¿Acompañó usted al doctor Kessel hasta el vestíbulo?

—No, me quedé aquí, y ni siquiera me asomé a la terraza para verlo marchar.

—Hubiese sido interesante conocer la marca del coche, pero ahora no vale de nada lamentarnos. No diga nada a la policía. Si recibe cualquier aviso, comuníquemelo al hotel Palmeras. Si no estoy yo, envíe una carta a mi nombre.

—Sí, señor Shannon.

Walt caminó hacia la puerta.

—¿Qué va a hacer, Shannon? —inquirió Gerty.

—Trataré de dar con el doctor Kessel, pero no me pregunte cómo lo voy a lograr. También resulta un misterio para mí.

Shannon salió del hotel. Había dejado a Lizzie en uno de tercera categoría ubicado en las afueras de la ciudad. Ella se había inscrito con un nombre falso, el de Susan Paterson.

Shannon había alquilado un «Buick».

Montó en el vehículo y se dirigió hacia el muelle donde estaba atracado el *Antígona*.

Vio a un par de marineros que dormitaban al sol.

—Busco a Terry Mandeville —les dijo.

Uno de los tipos abrió los ojos.

—Terry está en el Hogar del Marinero, pero no lo encontrará en muy buen estado. Al parecer, hizo un buen negocio esta mañana y se puso a beber, aunque eso no es nuevo.

Poco después, Shannon entraba en el Hogar del Marinero.

El viejo Terry estaba en una mesa junto a una rubia cuarentona. Los dos habían bebido en exceso y cantaban a dúo una vieja canción. Se interrumpían de vez en cuando para soltar la carcajada.

Walt se detuvo ante la mesa.

—Hola, Terry.

El viejo alzó los ojos.

—Caramba, si es mi amigo... Olga, te presento a mi amigo el señor...

—Walt Shannon —dijo el joven.

—¿Cómo está, amigo? —sonrió Olga y le tendió la mano.

Walt se la estrechó y ocupó una silla.

—Terry, lo necesito a usted —dijo—. Estoy buscando a un par de tipos. Quizá usted los haya visto alguna vez. Le daré su descripción.

Seguidamente, Walt describió a los dos hombres que habían secuestrado al doctor Kessel.

Terry permaneció pensativo después de escuchar al joven. Luego hizo un gesto negativo.

—Lo siento, señor Shannon, pero me temo que no conozco a ninguno de esos dos tipos.

—Yo sí —repuso Olga—. Recuerdo a uno de ellos.

—¿A cuál?

—El de las cejas blancas. No sé su nombre ni traté con él, pero lo vi un par de veces con una de mis amigas. Sylvia Weston.

—¿Ese diablo con faldas? —rezongó Terry.

Creo que Sylvia le gustó mucho al de las cejas blancas.

—¿Dónde puedo encontrar a su amiga Sylvia? —inquirió Walt.

En su apartamento, pero será mejor que vaya usted solo. Sylvia y yo no nos llevamos muy bien. Mi presencia le perjudicaría.

—De acuerdo. Deme su dirección.

Olga se la dio y luego tomó a Shannon por el brazo.

—Sylvia es una muchacha difícil de tratar. Ya oyó a Terry. Tiene mucho carácter.

—Gracias por el aviso, lo tendré en cuenta.

Walt sacó su fajo de billetes y apartó dos de a cinco dólares.

Terry meneó la cabeza.

—Eh, señor Shannon, ya me dio bastante dinero antes.

—Pero Olga no recibió nada —dijo Walt, y entregó los diez dólares a la rubia.

Inmediatamente abandonó el local encaminándose al edificio de apartamentos donde vivía Sylvia, cerca del Hogar del Marinero.

Subió por una escalera y se detuvo ante la puerta señalada con el número 13.

Apretó el timbre y esperó.

Al cabo de un rato le llegó una voz del interior.

—Está abierto, Ricky.

Walt puso la mano en el tirador y entró en un *living* donde no había nadie. Al fondo a la derecha vio unas cortinas.

—Estoy en la cocina, Ricky.

Walt apartó las cortinas y entró en una cocina donde había una joven que se cubría con blusa de escote redondo que ceñía su busto. Resultaba muy atractiva porque poseía unas piernas bien formadas. Volvió la cabeza bruscamente, y al ver al hombre que estaba en el hueco, su bonito rostro se endureció.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Usted me dio permiso.

—Creí que era otra persona.

—Sí, ya sé, Ricky.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—¿Policía?

—No.

—Entonces, lárguese.

—¿Sólo habla con los policías?

Sylvia puso un brazo en jarras.

—Hablo con quién me da la gana.

—Muy bien. Hágalo conmigo. Le pagaré bien.

—¿Cuánto?

—Quizá esté dispuesto a invertir veinte dólares.

—¿Qué clase de información quiere?

—Deseo que me hable de un tipo de cejas blancas.

Los ojos de la joven brillaron con un nuevo destello.

No conozco a ningún tipo de cejas blancas.

Claro que lo conoce.

He dicho que no.

Comprendo. Es Ricky el hombre que usted estaba esperando. La muchacha inspiró profundamente.

—Será mejor que se marche.

—¿Por qué no es condescendiente, Sylvia?

—¿Quién lo envió aquí?

—¿Qué importa quién?

—Le sacaré los ojos al soplón. Juro que lo haré.

—Antes hablé de veinte dólares, Sylvia. Pongamos que son cincuenta.

—No me sacará una palabra.

—Soy un tipo que sabe respetar a las mujeres. Procuro comportarme caballerosamente con ellas, pero hay momentos en que debo olvidar ciertas normas.

Sylvia atrapó un cuchillo y apuntó con la hoja al estómago de Walt.

—Ande, intente algo y le hago un agujero.

—¿Sería capaz de acuchillarme?

—No lo dude.

—Está bien, Sylvia. Al parecer, ese Ricky tiene mucha importancia para usted. Pero quizá no conozca su verdadera identidad. —Me importa un rábano su identidad.

—Está feo que diga eso. Podría tratarse de un asesino.

Walt se miró la punta de los zapatos y de pronto saltó sobre ella.

Sylvia tiró el cuchillo hacia delante, pero Walt la tomó por la muñeca y le llevó el brazo a la espalda.

La muchacha lanzó un grito y se arqueó para evitar que le partiese el brazo.

—Suelta ese cuchillo, nena.

—No, maldita sea, se lo clavaré.

Walt subió un poco más el brazo y la joven tuvo que dejar el

arma.

El cuchillo golpeó en el suelo.

Walt le siguió manteniendo el brazo a la espalda.

—¿Cuál es el nombre completo de Ricky?

—Váyase al diablo.

—¿Cuál es?

—Ricky Jones.

—¿A qué se dedica?

—No lo sé.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace un mes.

—¿Dónde?

—En un baile.

—¿Qué es lo que te contó él?

—Estaba aquí de vacaciones.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿Dónde se aloja?

—No me lo dijo.

—Eres una embustera. Dime dónde se aloja.

—Te repito que no lo sé. Sólo me dijo que se trataba de un lugar de las afueras, hacia el norte.

En aquel momento, algo golpeó contra la cabeza de Shannon. Dejó libre a Sylvia y empezó a revolverse.

Otra vez lo golpearon en el cráneo.

Ante sus ojos apareció una mancha negra, pero luego se superpuso sobre ella una de color rojo.

Perdió el conocimiento.

Al despertar se encontró en el suelo.

Alguien le clavó la puntera de un zapato en la ingle y creyó que iba a perder otra vez el sentido.

Le cayó un chorro de agua sobre la cara y sacudió la cabeza, ahogándose.

—Mírame, muchacho —oyó una voz varonil.

Alzó los ojos y vio una cara junto a la lámpara que pendía del techo. Parida la cara de un loco. Poseía cejas blancas.

—Estabas preguntando por mí a Sylvia, ¿eh, muchacho? Bueno, aquí me tienes.

—Hola, Ricky.

—Te voy a dar las gracias por haber venido, Shannon.

—¿Ya conoces mi nombre?

—Claro que lo conozco. Acabaste con unos cuantos compañeros míos, pero ahora me llegó el turno.

Shannon trató de ponerse en pie, pero en aquel momento Ricky le disparó el puño.

Walt recibió el impacto en el estómago y se agachó.

—¿Qué te pasa, Shannon? —rió Ricky, y le estrelló la rodilla en las narices.

Shannon golpeó contra la pared y se vino otra vez abajo sintiendo en la boca el sabor de la sangre.

Otro chorro de agua le cayó por la cara.

Miró hacia arriba y vio a Sylvia que le sonreía. Sostenía el cazo con el que le echaba el agua.

—Soy una buena samaritana.

—Sí, y muy linda —dijo Shannon.

—Eh, puerco —dijo Ricky—. No consiento que nadie requiebre a mi novia ante mis propias narices.

Le pegó otro patadón, ahora en el estómago.

Walt trató de atraparle por el tobillo, pero estaba demasiado débil y no pudo conseguirlo.

Sylvia le volcó el contenido de otro cazo.

Vio las imágenes doble. Sí, ahora en la cocina había dos Sylvias y dos Rickys.

Los dos Rickys abrazaron a las dos Sylvias. Poco a poco, las imágenes se entremezclaron y sólo quedó un Ricky y una Sylvia.

—Shannon, ¿puedes oírme?

—Sí, Ricky. Puedo oírte.

—Te voy a matar aquí. Quiero que lo sepas. Te voy a matar.

—Sí, Ricky, te creo.

—Pero tu cuerpo no quedará en esta cocina. Te vendrás conmigo. Sí, muchacho, yo te llevaré a un sitio, justo donde querías ir, a ese lugar de las afueras situado al norte, del que te estaba hablando Sylvia.

—Hazme un favor, Ricky.

—¿Cuál?

—Entiérrame junto a Clark Denton.

—No, muchacho. Eso no puede ser. Tú tendrás otra tumba. Denton duerme en el cementerio... Tú lo harás en otra parte.

—¿Por qué matasteis a Clark Denton?

—Se quiso hacer el listo. ¿Lo oyes, Shannon? Tu amigo Clark pensaba por su cuenta y eso no conviene.

—¿De qué negocio se trata?

—No lo sabrás.

—Ya lo sé casi todo, Ricky.

—Tonterías.

—Secuestrasteis al doctor Kessel.

—Bravo, el muchacho se gana con eso una bala extra.

—Pero aún ignoro con qué objeto lo hicisteis.

—Pregúntaselo al patrón del infierno cuando llegues allí. Quizá él sepa contestarte.

Ricky rompió a reír estruendosamente.

A Shannon le pareció más que nunca un anormal.

Pero tuvo muy poco tiempo para pensar en la esquizofrenia, cuando vio que el rubio sacaba una pistola con silenciador.

—Te concederé treinta segundos, Shannon... Treinta segundos para que pienses en el mejor momento de tu vida. Soy generoso, ¿eh?

—Mucho, Ricky.

Se empezaron a desgranar los treinta segundos. Pero Walt no pensó en ningún momento feliz de su vida, sino en aquél en que se encontraba. A veinte segundos de la muerte..., a quince..., a diez...

CAPÍTULO X

—No le mates aquí —dijo Sylvia.

Shannon estaba dispuesto a saltar, aunque él mismo comprendía que tenía muy pocas posibilidades.

Ricky había arqueado el dedo índice en el gatillo.

—¿Por qué no, nena? —preguntó.

—Tendrás que sacarlo tú solo y ésta es una casa en la que siempre entra o sale gente. Ya sabes que no me llevo bien con la policía. He tenido algunos jaleos con ella.

Ricky permaneció quieto unos instantes. Por fin concedió con la cabeza.

—Está bien, nena. Me has ayudado y mereces que tome en consideración tus palabras.

—Gracias, Ricky.

—Le mataré en el camino, pero seguiré necesitándote, Sylvia. Alguien ha de conducir el coche mientras yo vigilo a este pájaro.

—Sí, Ricky. Te lo iba a proponer.

—Levántate, Shannon. Ya lo has oído. Por una concesión especial de mi muñeca, vas a alargar la vida unos minutos.

Shannon se levantó.

—Gracias, dulzura —sonrió a la joven.

Ricky le pegó un empujón hacia la salida.

—Ve delante y cuidado con lo que haces. Guardaré la pistola en el bolsillo. Y no creas que por lo que ha dicho Sylvia voy a dejar de disparar si nos encontramos con alguien en la escalera. Echa a correr y yo me agujeraré la chaqueta, pero tú quedarás más tieso que una liebre.

—No soy un suicida.

De todas formas, no encontraron a nadie por la escalera.

El coche de Ricky estaba aparcado junto al bordillo de la acera.

Ricky entendía bien aquel negocio. Primero dejó que Sylvia ocupase el lugar ante el volante y luego obligó a Shannon a entrar en el asiento trasero, manteniendo una buena distancia entre él y su víctima.

El automóvil inició el viaje enseguida.

Entretanto, Walt se había recuperado mucho.

Le dolían algunas partes del cuerpo, pero ya podía moverse, aunque le sirviese de muy poco, porque ahora Ricky había sacado la pistola y le estaba apuntando al costado.

Salieron de la ciudad por la carretera del norte.

Shannon miraba por la ventanilla. Había mucho tráfico por la carretera, pero poco a poco, al correr de los minutos, los automóviles se iban espaciando.

—A unas tres millas de aquí hay un camino a la derecha —dijo Ricky—. Métete por él, Sylvia.

La joven hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Walt miró a los ojos regocijados de su verdugo.

Se me está ocurriendo una cosa, Ricky.

¿El qué?

Podías llevarme a presencia de tu jefe.

—¿Para qué quieres ver al jefe?

—Tú no lo comprendes, pero él se dará cuenta enseguida.

—Cuéntamelo a mí, hermano. ¿De qué se trata?

—Ya te dije que sabía lo del secuestro de Kessel. ¿Lo recuerdas? No necesitaste soltar una sola palabra acerca de ese asunto.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues en eso consiste todo. Tengo un amigo en la ciudad a quien le conté lo de Kessel. —Es un truco muy gastado. Tú le dijiste a ese amigo tuyo que si no estabas de regreso a su lado en un determinado tiempo, comunicase el caso a la policía.

—Sí, exactamente, Ricky. Eso es.

El *gángster* se echó a reír.

—Eres un estúpido. En primer lugar, no creo que hayas confiado en ningún amigo. Tú eres un lobo solitario. En segundo lugar, suponiendo que existiese ese amigo y denunciase el cuento de Kessel a la policía, rió perderemos nada. Tarde o temprano se darán cuenta de que a Kessel le ha ocurrido algo, y, naturalmente,

pensarán en el secuestro. Pero el jefe tomó todas las medidas para que el doctor pueda permanecer donde está ahora, sin que corra peligro de ser descubierto. ¿Lo oyes, muchacho listo? No te ha servido de nada la estratagema. Después de todo, no has demostrado poseer mucha imaginación. Shannon dio un suspiro.

—Tus golpes me dejaron la cabeza aturdida... Sí, Ricky, tienes razón. No fue una treta muy brillante. ¡Cuidado, Sylvia, ahí tienes el camino a la derecha!

Instintivamente, Ricky miró en la dirección que Shannon señalaba y hasta Sylvia hizo girar el volante.

Pero allí no había ningún camino.

Walt se lanzó sobre Ricky.

Sonó un estampido.

La bala que salió de la pistola golpeó contra el suelo.

Walt sintió que la piel de su pantorrilla se abrasaba al calor del fogonazo. Estaba sujetando a Ricky por las dos muñecas, pero en la fracción de segundo que siguió golpeó con la cabeza en la frente de Ricky. Fue un golpe seco, duro.

Ricky convirtió sus ojos en dos medios huevos duros y se relajó dejando escapar el aire y perdiendo el conocimiento.

Cuando Sylvia enderezó el coche, Shannon ya tenía la pistola en la mano y aplicó el cañón en la nuca de la joven.

—Hola, dulzura.

—Maldito... ¿Qué has hecho?

—Si la treta número uno sirvió, no había más remedio que poner en práctica la número dos... Anda, nena, para el coche.

—¿No tenías interés en ir a la casa del jefe de Ricky?

—Sí, mucho, pero tú no sabes dónde está.

—Claro que lo sé.

—No, dulzura. La gente que te conoce te describe como un diablo con faldas y tiene razón. Si yo aceptase tu sugerencia, serías capaz de llevarme hasta Jacksonville y allí no se me ha perdido nada. Me fiaré más de Ricky. Esperaremos a que él recupere el sentido y entonces nos podrá llevar a la casa que tanto me interesa.

La joven apartó el coche del centro de la pista.

Frenó con brusquedad.

Shannon se fue hacia adelante y hacia atrás.

La joven metió la mano en una gaveta y se revolvió.

Tenía una pequeña pistola en la diestra.

Shannon le golpeó con el cañón del revólver en los dedos.

Sylvia lanzó un grito y perdió el arma, lo mismo que en la cocina había perdido el cuchillo.

Intentó pegarle un zarpazo a Shannon, pero él la atrapó por el cuello y la apretó contra el asiento.

—¿Quieres que parta tu lindo cuello, muñeca?

—Suéltame, me ahogas.

—Es lo que conseguirás si continúas portándote mal.

La cara de la joven adquirió un color violáceo.

—¡Me rindo! —rezongó, casi sin respiración—. ¡Haré lo que tú quieras!

Shannon la dejó libre. Se apoderó de la pequeña pistola y la guardó en el bolsillo.

Rick empezó a volver en sí.

Walt encendió un cigarrillo y arrojó el humo a la cara de Ricky, quien se puso a toser.

Luego, el *gángster* miró con ojos llenos de odio a Walt.

—Esto lo vas a pagar, Shannon.

—Eres un chico muy valentón —dijo Walt, y levantó con rapidez la pistola, haciendo chocar el cañón en la quijada de Ricky.

El *gángster* lanzó un aullido y cayó de espaldas hacia la ventanilla.

—Anda, Ricky, no me obligues a devolverte todos los golpes que he recibido de ti. No soy un tipo vengativo.

Ricky se tocó el mentón.

—Está bien, Shannon. Salta del coche y llévate las pistolas.

—Sólo falta que me digas que haga auto-stop para regresar a la ciudad.

—Cualquiera te llevará.

—No, Ricky; tengo mucho interés por esa casa adonde me ibas a conducir muerto, pero hay una ligera valuación en el programa. Llegaré vivo.

—Sería una locura por tu parte.

—Deja que sea yo quien decida.

—En la casa hay muchos hombres, no podrás con todos.

—Me importa un rábano el número de bastardos que en cuenta allí. ¿A qué distancia se encuentra la casa?

—A unas treinta millas.

Shannon le golpeó otra vez con la pistola, pero ahora eligió el pómulo.

Ricky lanzó otro aullido.

—¿A qué distancia? —preguntó otra vez Walt.

Unas quince millas.

Espero que no te equivoques. Al próximo error te juro que el golpe será doblemente fuerte. Contesta correctamente a las preguntas, si no quieres llegar ante tu jefe con la boca partida y unos cuantos dientes menos. Vamos, empieza a decir a Sylvia cuál es el camino.

—Sigue adelante, nena. Ya te diré dónde tienes que doblar.

Sylvia obedeció.

Cuando el coche corría de nuevo por la pista, Shannon preguntó:

—¿Por qué habéis secuestrado al doctor Kessel, Ricky?

—No lo sé.

Walt hizo ademán de ir a pegarle.

—Está bien, Shannon, te lo diré.

—Adelante.

—Un hermano del jefe se encuentra muy mal. Necesitaba la asistencia del doctor Kessel.

—Antes dijiste que yo era un estúpido. Quizá estás convencido de que lo soy, ¿eh, Ricky?

Le pegó con el revés de la mano libre en la boca.

Ricky no echó sangre, pero sus labios empezaron a hincharse.

—Anda, dilo de una vez, Ricky. —Está bien. Te lo contaré todo.

* * *

Pat Rice estaba despachando un pollo en salsa. Hizo un alto para beber un trago de champaña.

En un sillón, junto a la ventana, estaba sentada una mujer de cabello rojizo. Se cubría con un suéter blanco que hacía resaltar sus senos.

—¿Qué te ha dicho ese doctor, Pat?

—Está reconociendo a Burke.

—Lleva ya mucho tiempo reconociéndole.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Que te haga una jugarreta.

Pat se echó a reír.

—Eres maravillosa, Leda. Te preocupas mucho por mis asuntos. En especial por éste, ¿verdad?

—Llevo mucho tiempo oyéndote hablar del millón de dólares. A veces he creído que me volvería loca.

—Sí, ya sé que has perdido muchas veces la paciencia. ¿En cuántas ocasiones me aconsejaste que matase de una vez a Burke?

No me lo recuerdes. Tú eres un hombre muy tranquilo, pero yo he pasado noches enteras pensando en que ese bastardo de tu socio conocía el lugar donde estaba el millón de dólares, y que si tú y youviésemos ese dinero, seríamos los reyes del mundo.

—Bueno, nena, todo ha pasado. Ahora estamos en el buen camino.

La pelirroja se levantó del sillón y caminó con paso felino hasta llegar al lado de Pat.

Sentóse en el brazo del sillón y pasó una mano por el cabello de Rice, alborotándoselo.

—Eh, nena, estoy comiendo y no me gusta que me interrumpan.

—Recuerda lo que me prometiste.

—¿El qué?

—Debería sacarte los ojos. Dijiste que, 'en cuanto tuvieses el dinero que ese bastardo te limpió, me comprarías dos abrigos de visón y un «Cadillac».

—¿Eso dije?

La joven fue a pegarle en la cara, pero él tiró de ella arrojándola sobre su regazo.

Los dos estaban jugando, cada uno representando su papel.

Pat Rice besó la boca de la pelirroja y ella le pasó los brazos por el cuello, apretándose contra él.

—¿No crees que te he resultado barata, Pat? Me he conformado siempre con lo que me has dado. Y no ha sido mucho.

—Sí, nena, no has sido exigente. Eso lo confieso. Pero yo sé el motivo. A pesar de todo, en tu fuero interno, siempre has pensado que algún día podríamos tener el millón de dólares.

—Eres un miserable, Pat Rice. Lo he soportado todo porque te quiero.

—Ponle música a esa letra.

Ella le besó, produciendo un chasquido.

—¿No es ésa la música que te gusta a ti, Pat?

—Sigue con el concierto.

Pero en aquel momento se abrió la puerta del gabinete en que Pat había instalado la clínica para el doctor Kessel. Pat y Leda volvieron la cabeza.

El doctor Kessel salió por el hueco seguido de Harold, el *gángster* que se había hecho pasar por el doctor Verriger.

—¿Ya acabó el examen de su paciente, doctor? —preguntó Pat.

—Sí, señor Rice. Ya he acabado el examen.

Rice dio una palmada en la cadera de la pelirroja.

—Anda, nena, a volar.

La joven se puso en pie frotándose la mano en la nalga, pero no se quedó junto al sillón de Pat.

El doctor Kessel se enfrentó con el ex socio de George Burke.

—Me temo que no podré hacer mucho por su paciente, señor Rice.

En la estancia se hizo un largo silencio.

De repente, Leda se puso a chillar.

—¡Está mintiendo, Pat!

—Cállate, nena, no te pongas histérica.

—¡Te la quiere pegar, Pat! Ordena a tus hombres que le den una pasada.

—¿Quieres cerrar el pico de una vez? ¿Cómo quieres que te lo diga?

La joven ya no dijo nada, pero se quedó respirando jadeante.

Pat alzó los ojos deteniéndolos en el rostro serio de Kessel.

—¿Qué le pasa, doctor? ¿Ha olvidado de pronto su ciencia?

Dígame que también ha perdido la memoria y yo se la haré recuperar.

—No, señor Rice. No se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces? ¿Quizá me va a decir que lo de Burke no tiene remedio?

—Necesito una droga que no tiene usted en su *stock*.

—¿Qué droga es ésa?

—El laboratorio que la fabrica la ha bautizado con el nombre de «Dipinal». Es una firma americana que opera en el Japón. La droga todavía no se fabrica en Estados Unidos. —Déjese de cuentos,

doctor. Si no tiene esa droga a mano, utilice otra. Me he gastado una fortuna en tenérselo todo preparado.

—Con las drogas que usted tiene aquí, no sería bastante para hacer recuperar a ese hombre la memoria, y suponiendo que lo fuese, su cura se demoraría muchos meses. Con la droga que le digo, podré devolverle la memoria en unos días, hasta es posible que en horas...

—De modo que sería rápido...

—Tengo la certeza de que el tratamiento sería corto, pero sólo lo podemos lograr con el fármaco que le he señalado.

—¿En qué parte del Japón se fabrica ese producto?

—En Yokohama.

—Harold...

—Diga, jefe —repuso el hombre que había interpretado el papel de doctor Verriger—. Pon una conferencia a Tony Marino, de Los Angeles. Pídele la droga. El especula con todo eso. Quizá tengamos suerte. Dile que le doy un plazo de dos días para traer ese «Dipinal» del infierno.

Harold pidió una conferencia y poco después hablaba por el micro. Hizo el encargo de su jefe.

—Marino dice que no puede hacer nada —anunció.

—¡Trae acá el auricular! —dijo Pat, furioso, y se lo arrebató a Harold de la mano—. Eh, Marino, ¿qué es lo que estabas diciendo a Harold?

—Lo siento, Pat, pero tendrás que esperar un par de semanas.

—¿Por qué he de esperar un par de semanas?

—No voy a fletar un avión para traerte eso.

—Sabes quién soy yo, Pat Rice, y estoy dispuesto a pagar los gastos.

—Corriente, Pat, dentro de tres días fletaré un avión.

—Nada de eso. Quiero que hables telefónicamente con tu agente en Yokohama. Esa droga ha de salir hoy mismo del Japón.

—Pero, Rice, eso te costaría un ojo de la cara.

—¿Te he preguntado yo lo que va a costar? Tendrás el dinero.

—Pat, los negocios no me han ido muy bien y eso requiere una buena cantidad. —Eres un puerco, Tony. Siempre llorando por el maldito dólar y podrías comprarte una casa con paredes de oro. Pero es igual. ¿Cuánto hará falta?

Podría arreglarlo con diez mil.

—Eres un bandido.

—Pat, esa droga todavía no está autorizada en Estados Unidos.

—No se trata de traerla como si fuese un cargamento de arroz.

—Aparte de los gastos, he de burlar a los aduaneros.

—Eso es para ti como despachar un trago de *whisky*. ¿Crees que no sé cómo tienes montada tu organización? Cuentas con cómplices entre los aduaneros.

—No quiero darte la razón. Pat, pero procuraré hacerlo. No voy a ganar nada en este negocio. Te lo dejo en ocho mil.

—Te envío hoy mismo los ocho mil. Pero, recuérdalo, quiero tener la droga en el menor plazo.

—El avión sólo se detendrá en los puntos necesarios para repostar. Te pondré una conferencia avisándote la llegada.

—Correcto, Tony —dijo Pat, y colgó.

Sus labios esbozaron una sonrisa cuando miró a Kessel.

—Bueno, doctor, todas las dificultades han quedado salvadas. Tendrá usted su droga y yo tendré mi millón.

—Está bien. Ahora han de cumplir todas mis órdenes.

—Usted tiene la palabra, doctor.

—Voy a sumir a Burke en un profundo sueño, pero prefiero hacerlo en su dormitorio, cuando esté tendido en la cama. Cada cuatro horas he de seguir inyectándole hasta que llegue la droga del Japón.

—Claro que sí, doctor. Aquí estamos todos para obedecerle, ¿verdad, muchachos?

Leda había recuperado su buen humor.

—Seré una enfermera sumisa, doctor Kessel. Quedará contento de mí.

—Acompáñeme —dijo el doctor.

El médico se fue hacia el gabinete seguido de Leda y de Harold.

—Eh, doctor —dijo Pat, riendo—. Tenga cuidado. Su nueva enfermera es peligrosa. No le haga caso cuando le pegue con la rodilla. Fue el truco que gastó conmigo y, ya ve, me pescó.

El doctor Kessel no encontró ninguna gracia en el chiste, pero Pat rió a golpes.

La puerta del gabinete se cerró.

Pat bebió un nuevo trago de su copa de champaña y encendió

un grueso cigarro.

Un hombre de hocico saliente irrumpió en la estancia.

—Eh, jefe, hay noticias desagradables.

—¿Qué pasa?

—Se acerca el coche de Ricky.

—¿Y qué pasa con eso?

—No conduce él, sino una muchacha. Les vi con el catalejo. Ya deben estar llegando. Dentro hay un tipo al que conozco.

—¿Quién?

—Walt Shannon.

¿Qué le ha pasado a ese maldito de Ricky?

Fue a la ciudad a ver a su nena, una rubia que conoció en un baile.

Le dije a ese puerco que no entablase relaciones con nadie mientras no liquidásemos el negocio.

—Ya sabe que Ricky no puede soportar la soledad.

—¿Cuántos muchachos hay aquí?

—Cuatro fuera, haciendo la ronda, y cinco dentro.

Pat Rice dio una larga chupada al cigarro.

—Está bien, Carter. Haremos al señor Shannon el recibimiento que se merece.

CAPÍTULO XI

Shannon saltó del coche con la mano en la pistola que guardaba en el bolsillo.

Tras él lo hizo Ricky.

Sylvia salió por la portezuela de su lado y se puso a mirar la casa.

—Al porche, muchachos —ordenó Walt.

Mientras Sylvia y Ricky ascendían la escalera, Walt echó una mirada a su alrededor, pero no vio a nadie.

Subió los peldaños e hizo una señal a Ricky para que apretase el timbre.

Poco después, se abrió la puerta y en el hueco apareció un joven de unos veinticuatro o veinticinco años, de cabello lacio que le caía a mechones por la frente, dándole un aspecto napoleónico.

Shannon sacó la pistola del bolsillo.

—Atrás, chico.

—¿Qué significa esto?

—Te lo explicaré por carta desde Nueva York. Pero tendrás que esperar un poco —repuso Walt, y envió a Ricky dentro de la casa de un empellón.

La chica no necesitó ser empujada porque se coló ella misma.

Walt lo hizo en último término y cerró la puerta.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó al que le había abierto.

—Graham.

—¿Dónde está tu amo, Graham?

—En el comedor.

—Llévame hasta allí y no metas las manos en los bolsillos.

Graham concedió con la cabeza y el grupo se puso en movimiento.

Graham abrió una puerta.

—Señor Rice, tiene visita.

—Adelante —dijo una voz.

Shannon obligó a que le precediesen los otros haciendo un movimiento con la pistola.

Luego se coló él.

Vio al hombre que estaba sentado ante la mesa fumando un grueso cigarro.

—Así que usted es el jefe, ¿eh, Pat?

—¿Me conoce?

—Claro que sí, usted es Pat Rice, una gloria nacional...

—Gracias, señor Shannon.

—Tratante de blancas, especulador en los Sindicatos laborales de Nueva York, traficante en drogas...

—¿Me va a hacer mi biografía? Por favor, conozco mi propia vida mejor que nadie.

¿Qué puedo hacer por usted, Shannon?

—Estoy interesado en una persona: el doctor Kessel.

—¿Doctor Kessel? No me suena ese nombre.

—Lo sé todo, Rice. Hice cantar a Ricky. Sé que el doctor Kessel está aquí y que usted le trajo para devolverle la memoria a George Burke.

Pat dirigió una aviesa mirada a Ricky.

Conque cantaste, ¿eh, Ricky?

—Lo siento, jefe, pero me iba a matar...

—Creí que eras un tipo de mucho aguante. Lo que es la vida... Uno se lleva una sorpresa cada día...

—Pat —le interrumpió Walt—. Dijo antes que no le contase su vida porque le aburría.

A mí, en cambio, me fastidia mucho la filosofía en píldoras caseras.

—¿Qué puedo hacer por usted, Shannon?

—Mucho.

—Pida. Siempre me ha gustado hacer favores a los tipos infelices como usted.

—Le va a costar más de cinco mil dólares, Pat.

—Oh, sí, eso me recuerda que le hice una oferta para que se saliese del asunto. ¿Sabe lo que le digo, Shannon? Que hizo muy

mal en no aceptarla. A estas horas se encontraría muy lejos de esta comarca, disfrutando con un dinero que le habría costado muy poco trabajo conseguir.

—¿Más filosofía?

—Oh, perdone, por un momento olvidé que usted prefiere jugarse la piel a un dinero seguro.

—Ricky me contó lo del doctor Kessel y yo he deducido lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Clark Denton trabajaba con usted, Se enteró de su plan con respecto a Burke y al doctor Kessel. Entonces Clark decidió obrar por su cuenta. Le hizo chantaje.

—Sí, Shannon. Su amigo Clark Denton era un hijo de perra.

Yo le alimenté, yo le vestí... Formaba parte de mi pandilla, era bien remunerado, y lo habría sido más cuando yo hubiese tenido el millón. Pero siempre pasa lo mismo, una mujer se cruza en la vida de un hombre y lo estropea. Eso es lo que le pasó a Clark Denton... Conoció a Bárbara Dowe, y en uno de sus ratos de intimidad, Clark le contó a Bárbara la clase de asunto que yo me traía entre manos. Seguro que fue ella quien metió en la cabeza a Denton que él podía sacar mucho más de lo que pensaba. ¿Por qué no? Clark Denton sólo tenía que amenazarme con que iba a avisar a la policía o poner al corriente al doctor Kessel del secuestro de que iba a ser objeto. ¿Lo comprende, Shannon? Eso es lo que iba a hacer conmigo el bastardo de Denton... Ordené que lo cazasen. Clark estaba escondido, pero él ignoraba una cosa: que yo estaba al corriente de sus relaciones con Bárbara Dowe. Tenía pensado liquidarlos a los dos, pero la nena consiguió escapar. Nos vimos obligados a cargarnos primero a Clark. Comprendí que no había ningún peligro en simular un accidente porque esa chica, Bárbara, no hablaría. Las mujeres como Bárbara son ambiciosas, y siempre piensan que habrá una oportunidad para ellas. El bueno de Clark, antes de morir, nos contó que le había llamado a usted para que viniese en su ayuda. Se encontraba bastante asustado... Naturalmente, no lo confesó por las buenas. Tuvimos que darle un tratamiento especial para que escupiese todo lo que tenía dentro. Luego lo ultimamos. Lo demás ya lo sabe, mis hombres atraparon a Bárbara...

—Estoy enterado. Le prometieron a Bárbara que respetarían su

vida, con la condición de que colaborase con ellos para armarme una trampa, y Bárbara fue tan tonta que picó el anzuelo.

—Pero usted, Shannon, es un tipo muy duro y logró escapar.

—Ya hemos llegado al final de la historia, Pat.

—Opino lo mismo que usted, Shannon.

Walt señaló con la pistola el teléfono.

—Anda, Ricky, tú mismo serás el que haga la llamada a la policía.

—¿Para qué, Shannon? —sonrió Pat.

—Serán ellos quienes se hagan cargo de todos, de Burke, de Kessel y de ustedes.

—Oh, sí, desde luego, usted es el que manda. Anda, Ricky, haz esa llamada.

Ricky miró con ojos asombrados a su jefe.

—¿Quiere que haga eso?

—Claro que sí, Ricky. No me gustaría que me agujereasen la piel y Walt me está apuntando con un arma.

—¡Pero nos cazarán, jefe!

—Estúpido, ¿es que no me has oído? Es Shannon quien tiene la sartén por el mango.

—Está bien, jefe, como usted quiera...

Ricky se acercó a la mesa donde estaba el teléfono y atrapó el auricular.

De pronto sonó un estampido y Ricky se desplomó.

Walt no se volvió porque el disparo había llegado de un lugar situado a sus espaldas y sabía que si giraba habría otra bala para él.

Sylvia lanzó un grito.

—¡Ricky!

Se hizo un silencio en la estancia.

Pat sonreía en el sillón.

—Es así como yo mato a los traidores... Ande, Shannon, deje caer esa pistola. Usted no lo sabe, pero detrás de usted han aparecido tres tipos. Estaban escondidos en las cortinas del fondo. Como usted no tiene un ojo en la nuca, le diré que cada uno de ellos maneja una metralleta. Le podrían hacer tantos agujeros en el cuerpo que le convertirían en un auténtico queso de *Gruyère*.

Walt abrió la mano y dejó caer el arma.

Un tipo atrapó la pistola y la descargó sobre Walt, pero éste

esperaba aquel movimiento y paró el golpe con el antebrazo, replicando con un terrible golpe al maxilar.

El fulano dio una vuelta de campana sobre la alfombra y quedó de bruces, desvanecido. —Bravo, Shannon— dijo Pat. —Ha realizado usted una magnífica exhibición. Pero, ya ve, no le sirve de nada. ¿Y sabe por qué? A usted le pasa como a otros muchos, que no saben elegir el bando que va a triunfar.

Se abrió la puerta del gabinete y entró el doctor Kessel seguido de Harold.

Se detuvo de pronto al ver los dos cuerpos que había en el suelo.

—Uno de esos hombres ya no necesita su ayuda, doctor —dijo Pat—. Ya está muerto. Kessel alzó la mirada, deteniéndola en Shannon.

—¿Usted aquí?

—Vine en su busca, doctor, pero las cosas no salieron del todo bien.

Kessel miró a Pat.

—¿Qué va a hacer con él, Rice?

—Le voy a conceder unas vacaciones.

—Imagino lo que quiere decir con ello. Le va a matar.

—Siempre tomo elementales precauciones, doctor Kessel. Cuando un hombre se convierte en una carga, lo mejor es eliminarlo.

Soy un tipo que tiene un alto sentido de la justicia. Ahí tiene el caso de Shannon. Traté de apartarle de todo esto y le daba dinero encima... Sí, doctor, ¿cómo llamaría usted a un hombre que por el solo hecho que viajar cobraría cinco mil dólares?... Shannon sólo tenía que hacer eso, largarse y pensar cómo tenía que invertir cinco mil dólares, pero él prefirió jugar a guardias y ladrones. La elección fue cuestión suya y ahora ha de atenerse a las consecuencias.

—¿Puedo pedirle que...?

—No, doctor —le interrumpió Rice—. No me pida por la vida de Shannon. Usted no será nunca un tipo peligroso, una vez haya terminado su trabajo, porque cuando tenga el millón de dólares no podrá nada contra mí.

—Tampoco lo podrá él.

—Usted es un gran doctor, Kessel, pero ya se lo advertí. Soy mejor psicólogo que usted cuando se trata de manejar personas

vivas, no pacientes. Shannon es uno de esos fulanos que va por el mundo metiendo las narices en todas las ollas. No se puede imaginar el daño que ha causado a algunos amigos míos, y también a muchos de mis enemigos. Donde cae Shannon es como si se iniciase una epidemia de peste... La ha armado en Las Vegas, en Reno, en Los Angeles, en Detroit... Shannon recibe palizas como para obligar a un tipo a dedicarse a cartujo. Pero ¿qué es lo que hace él?... Siempre vuelve a por más...

Sí, doctor. Esa clase de tipo es Shannon. Sólo abandonará la partida cuando esté muerto.

Walt sonrió.

—Gracias, Pat, por tenerme en tan alta estima.

—No tiene por qué darlas, muchacho. Soy un tipo imparcial y, cuando debo alabar a un tipo, lo hago aunque se vaya a convertir en cadáver.

El tipo a quien Shannon había desvanecido se puso en pie.

—Maldito seas, Shannon. Te voy a hacer pedazos.

—Estate quieto, Marcel —ordenó Pat.

Pero ya era demasiado tarde, porque Marcel había echado a correr sobre Walt con la pistola en la mano.

Shannon se arrojó sobre él. Su cabeza chocó contra el plexo solar de Marcel y los dos se vinieron abajo.

Uno de los tres hombres que portaban metralleta se adelantó desde la puerta.

Walt pegó un puñetazo entre los ojos de Marcel, devolviéndolo al limbo.

Pero de pronto algo chocó contra su cabeza y se desplomó como un fardo. De su nuca empezó a manar sangre.

El hombre que le había golpeado con la metralleta miró a su jefe y éste asintió:

—Eso resultó bueno, Willy.

El doctor Kessel se agachó sobre Walt.

La pelirroja Leda entró en la estancia.

—¿Qué fiesta se está celebrando...? —Se detuvo al ver la escena que se ofrecía a sus ojos—. Oh, Pat, ¿por qué no me has invitado...?

—Todo ocurrió demasiado aprisa, dulzura... Eh, doctor, ¿quiere terminar de una vez de atender a ese bastardo?

Kessel estaba de rodillas sobre Walt y volvió la cabeza.

—Son ustedes unos asesinos.

—No se ponga nervioso, doctor.

—Han matado a este hombre.

—¿Walt Shannon muerto por un simple golpe en la cabeza?

El doctor mostró su mano manchada de sangre.

—Su hombre, ese Willy, le ha roto el cráneo con la metralleta.

—Admito que Willy le pegó bastante fuerte, pero no le eche la culpa a él. Shannon había recibido tanto en la vida que quizá tenía reblandecida la cabeza... Bueno, doctor, de todas formas lo íbamos a matar...

—Ya no es necesario.

—Willy, compruébalo —ordenó Pat—. No puedo confiar en la palabra del doctor Kessel. Willy se agachó sobre Walt y le puso la mano en el corazón. La sala había quedado sumida en un silencio.

Willy se levantó.

—Sí, Pat, el doctor Kessel ha acertado. El corazón de Shannon se paró ya.

Rice se rascó una patilla.

—Soy un tipo de suerte. Temía a este Shannon y hasta él ha desaparecido.

El doctor Kessel sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de alimaña es usted, señor Rice?

—Me trata muy mal, doctor. Tengo una teoría, ¿sabe...? Pero no crea que la inventé yo... Fueron ustedes, los que integran la sociedad, los que me la enseñaron... «Sé poderoso y tendrás el respeto de tus semejantes. Amasa una fortuna y tendrás el mundo a tus pies...». Sí, doctor. Todo eso es lo que me enseñaron ustedes...

—Existe algo más que el dinero.

—Oh, sí, el honor, la honradez y no sé cuántas palabras más rimbombantes, pero yo le diré lo que son realmente. Zarandajas inventadas por ustedes para que los que no somos nada, los que estamos abajo, nos comportemos como unos buenos chicos.

—Es usted corrosivo, señor Rice.

—Todo el que dice la verdad resulta corrosivo, ¿verdad, doctor Kessel?

—¿A cuántos matará antes de apoderarse del millón de dólares?

—A todo aquel que se interponga en mi camino. Y ya basta de palabrería, doctor. Harold, llévatelo a su habitación.

El doctor apretó los maxilares, pero finalmente dio media vuelta y salió de la habitación seguido de Harold.

De repente, Sylvia echó a correr para salir también de la estancia, pero Willy la atrapó por el camino.

—¿Dónde vas, nena?

La joven se soltó de un manotazo y enfrentóse con Pat.

—Yo no vine aquí por mi gusto, señor Rice...

—¿No? ¿Quién te invitó? ¿Ricky, acaso?

—No, señor, traíamos aquí a Shannon, pero él se hizo dueño de la situación cuando viajábamos.

—Ricky se lo confesó todo.

—Sí, señor, pero él tenía confianza en que usted saldría del atoladero.

—Todo el mundo confía en mí. ¿Por qué?, me pregunto yo. ¿Es que nadie sabe ir solo por el mundo?

—Usted es un hombre fuerte, ha adquirido mucha experiencia y es inteligente...

—Eh, querida —intervino Leda—. No trates de robármelo. Es mi novio.

—¿Quién piensa en eso abuelita?

Los ojos de Leda chispearon. Ella estaba por los treinta años, mientras Sylvia parecía tener veinte.

—Te voy a dejar la cara marcada —exclamó la pelirroja avanzando sobre Sylvia, quien se puso en guardia con las manos por delante.

—Anda, acércate, abuelita.

Leda se abalanzó sobre Sylvia.

Ésta le pegó un zarpazo en el cuello y Leda lanzó un grito de dolor, pero atrapó a Sylvia por debajo de las axilas y le clavó la rodilla en la espalda.

Sylvia se vino abajo.

Leda la impulsó la cabeza hacia el suelo.

—¡Cuidado! —chilló Sylvia—. ¡Me vas a romper la espina dorsal...!

—Tú eres más joven que yo, nena. Podrás resistirlo. Hoy ponen muchas cosas nuevas...

Quizá hayan avanzado mucho y te pongan una espina dorsal.

Leda siguió apretando y Sylvia hizo rechinar los dientes.

Los hombres contemplaban aquella lucha entre las dos mujeres con avidez. Era un espectáculo poco corriente.

Sylvia se dejó caer de bruces para evitar que Leda le rompiese el espinazo. Dobló la cara hacia un lado para poder respirar.

—¡Por favor...! ¡Me mata!

Leda la dejó libre para asestarle un golpe en el cuello, pero una mano la tomó por la muñeca. Volvió la cabeza y vio que era Pat.

—Deja que la desnude como un conejo, Pat.

—Ya hubo bastantes muertos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué la defiendes?

—Yo soy el jefe. ¿He de darte razones?

—Vino aquí sin que nadie la llamase.

—Eso ya lo he dicho yo.

—No puedes dejarla libre. Recuerda que era amiga de Ricky y éste está muerto... Ella lo sabe todo...

—Basta ya, nena.

Leda entornó los ojos.

—Creo que estoy pensando lo que va por tu cabeza.

—¿El qué?

—Te ha gustado.

—¿Qué tontería es ésa?

—A mí me has tenido demasiado tiempo y está perdida me llamó abuelita. Eso te ha hecho pensar que ella es más joven que yo...

Pat la abofeteó haciéndola rodar por el suelo.

Leda se puso a gatas, un bucle de su cabello rojizo sobre el ojo derecho.

—¡No lo consentiré, Pat!

—Anda, vete a refrescarte en el jardín...

—Prefiero quedarme.

—He dicho que te marches.

Sylvia gemía en el suelo tocándose la espalda.

Leda se puso en pie. Miró a Sylvia y luego a Pat.

De pronto dio media vuelta y salió rápidamente de la habitación.

Pat golpeó con la puntera del pie en el muslo de Sylvia.

—¿Estás bien, chica?

—Estaré mucho mejor si me das un vaso de *whisky*.

Pat la tomó por los brazos y la puso en pie. Observó atentamente el bello rostro de la joven y el escote redondo de su blusa.

—¿Te hizo daño, nena?

—Un poco.

—Eso pasará con una fricción.

—¿Y quién me la va a dar?

Pat sonrió pero no dijo nada. Volvió la cabeza hacia sus hombres.

Sacad de aquí a los dos muertos.

—¿Dónde los enterramos? —preguntó Willy.

—¿Tienes necesidad de que te lo diga...? En el bosquecillo de pinos que hay en la parte trasera.

—¿Ponemos juntos a Ricky y a Shannon?

—Claro que sí, con un solo hoyo hay bastante.

—Corriente, jefe. Vamos, muchachos, echadme una mano.

Los hombres sacaron los dos cadáveres de la estancia dejando a Pat y a Sylvia a solas.

Transportaron los cadáveres al bosquecillo de pinos que había señalado Rice.

—Eh, Arthur —dijo Willy—. Trae las herramientas para hacer el hoyo.

Dejaron los cuerpos sobre una alfombra de pinos.

Arthur se marchó y a poco regresó con el pico y una pala.

Se puso a cavar el hoyo, pero se cansó.

Tres de sus compañeros estaban fumando.

—¿Creéis que voy a hacer yo todo el trabajo...? No soy esclavo de nadie.

Willy movió la cabeza hacia un pelirrojo.

—Eh, tú, Jerry, te llegó el turno.

Jerry rezongó algo por lo bajo y continuó cavando.

Al cabo de un rato, el agujero quedó hecho.

Willy y Arthur tomaron el cuerpo de Ricky, lo columpiaron un poco y finalmente lo arrojaron al fondo del hoyo.

Jerry y el otro hombre se acercaron al cuerpo de Shannon para meterlo en la fosa.

CAPÍTULO XII

Jerry se quitó el cigarrillo que tenía en la boca y fue a tirarlo, pero luego desistió y se agachó sobre Walt Shannon.

Aplastó la ardiente punta sobre el empeine del pie derecho de Walt.

Ocurrió algo increíble.

Shannon saltó del suelo lanzando un alarido.

Los cuatro hombres que habían ido a enterrar a los muertos parecieron convertirse en estatuas de piedra.

Walt se acuclilló mirando al hoyo y a Ricky que estaba en el fondo.

Pero también vio el mango de una pala.

La atrapó en una fracción de segundo y levantándose la utilizó como arma.

Arthur fue el que recibió el primer paletazo y se derrumbó en el hoyo.

Jerry reaccionó antes que sus compañeros y movió la mano hacia la axila para sacar el revólver.

Walt le descargó la pala alcanzándole con el filo en el hombro.

Sonó un crujido y Jerry fue tragado también por la fosa.

Willy y el otro tipo saltaron a una sobre Shannon. Éste logró alcanzar a uno de ellos en plena cara, el compañero de Jerry.

Luego cayó en el suelo aferrado por Willy, quien le logró conectar un puñetazo en la sien.

Shannon no perdió ahora el conocimiento. Levantó instintivamente el puño hacia arriba y logró hacer impacto en el mentón de Willy arrojándolo hacia atrás.

Los dos hombres empezaron a levantarse.

Willy tenía una piedra en la mano y saltó sobre Walt con ánimo

de romperle la cabeza.

Shannon se echó a un lado y la piedra golpeó contra la alfombra de pinos.

Walt se volvió muy aprisa y pegó con la mano abierta en la nuca de Willy, el cual hundió la boca en la tierra y quedó despatarrado, completamente inmóvil.

Shannon recuperó el resuello y alargó la mano para apoderarse de una pistola.

—No hagas eso —oyó una voz a su espalda.

Lanzó una maldición. De nada había valido aquella pelea en qué venció a cuatro hombres.

Volvió la cabeza y vio a la pelirroja manejando una de las metralletas que uno de los hombres de Rice debió dejar cerca.

—Hola, muñeca... Te empezaba a echar de menos.

Leda miró al contenido del hoyo y a los otros dos hombres que estaban fuera, pero desvanecidos.

—Trabajó duro y bien, señor Shannon.

—Seguí un curso por correspondencia. Tenía un título muy bonito. *Cómo matar doce hijos de perra por día.*

—Y hasta resulta ingenioso, a pesar de que está enfrentado a un cañón que le va a escupir unas cuantas balas de un momento a otro.

—Usted es grande para dar ánimos, nena... ¿Cómo no te encontré antes en mi camino...?

—Hay una cosa que no me explico.

—Pregúntame sobre la vida de Abraham Lincoln. Una vez en mi pueblo llegué hasta los quinientos dólares en un concurso de «doble o nada».

—Sólo tengo que hacer una y se refiere a ti, no a Abraham Lincoln. Te dieron por muerto...

—¿De veras? Creí que tu amigo Pat me había condenado a ser enterrado vivo.

—¿Qué es lo que te propones?

—¿Respecto a qué?

—A todo esto. A Pat y a todos los demás... Supón que te perdono la vida... ¿Qué pasaría?

Shannon sonrió.

—La muñeca quiere cambiar de bando.

—Quizá lo haría si me conviniese.

—Te conviene.

—Demuéstramelo.

—Suponiendo que Burke llegue a recuperar la memoria y pueda indicar el lugar donde escondió el millón de dólares, tendríamos que devolver el dinero a la justicia.

—¿Cometerías esa estupidez?

—Fue un dinero mal logrado, nena. Pero yo también necesito vivir y el millón quedaría un poco reducido.

—¿En cuánto?

—Me quedaré con cien mil dólares para mis gastos. La mitad sería para ti.

—¿Por qué no doscientos mil?

—Cincuenta mil es una fortuna. Tendrías bastante, pero te ofrezco algo más, muñeca.

—¿El qué?

—Tú has sido amiga de Pat durante mucho tiempo.

—No he cometido ningún asalto.

—Pero has silenciado algunas muertes, y te habrás callado otras muchas cosas. Quiero decir con eso que si me ayudaras, además de los cincuenta mil dólares, tu nombre no figuraría en el prontuario de la policía relacionado con el negocio.

—¿Quién me asegura eso?

—Sólo yo. Pero debo decirte que soy un tipo de palabra.

La joven levantó la barbilla mirando a Walt en silencio. Finalmente bajó la metralleta.

—Voy a confiar en ti, Shannon.

—Gracias, nena. ¿Cuántos hombres quedan en la casa?

—Media docena incluyendo a Pat.

—¿Hay puerta trasera?

—Sí.

—Entonces vas a hacer una cosa. Entra por la puerta principal y ábreme la de atrás. Yo me colaré por allí.

—¿No crees mejor que entremos los dos a una y empecemos a tiro limpio con ellos?

—Armaríamos mucho ruido. Podríamos matar a uno o dos, pero los demás se prepararían para luchar. Quiero sorprenderlos.

—Está bien, tú sabes mejor que yo cómo arreglar el asunto.

—Dame la metralleta.

Leda le arrojó la metralleta al aire y Walt la atrapó.

—¿Qué vas a hacer con esos hombres, Walt?

Shannon miró el hoyo.

—Los del agujero están muertos y los dos de fuera tendrán para rato.

Uno de ellos, Jerry, empezó a moverse, pero Walt le propinó un golpe en la cabeza y quedó quieto.

—Adelante, nena. Hemos de darnos prisa.

—Vete a la puerta trasera y concédeme cinco minutos.

Walt rodeó la casa.

Esperó con la metralleta preparada, apuntando a la puerta. Al fin se abrió y Leda le hizo una señal para que entrase.

—¿Cómo va todo por ahí dentro, Leda?

—Ese bastardo de Rice ya me la ha jugado.

—He supuesto desde el principio que Sylvia tendría la mayor parte de culpa en tu decisión.

—Pat está a solas con ella.

—¿Y el doctor Kessel?

—En su dormitorio, pero hay dos tipos en la escalera. Le dije que venía a la cocina para hacer café.

—Será mejor entonces que te quedes aquí.

—¿Por dónde vas a empezar?

—El enfermo está arriba.

—Sí, al lado de la habitación de Kessel. Los dos cuartos se comunican por una puerta, pero Harold está permanentemente haciendo guardia en la habitación de Burke. Al llegar arriba, verás tres puertas. La de Kessel es la segunda y la de Burke la del fondo.

Walt fue a salir de la cocina, pero ella lo detuvo.

—No puedes fallar, Walt... Si te ocurriese algo me costaría la vida.

—Sí, nena, y, para que te sirva de consuelo, antes de que te maten a ti estaré retirado de la circulación. No te preocupes. Trataré de hacerlo todo bien.

Walt salió de la cocina y avanzó por el comedor pegado a la pared. Al llegar a la esquina se detuvo.

Vio los dos hombres sentados al pie de la escalera. Uno de ellos leía una revista y el otro estaba limpiando su pistola con una gamuza.

Se dejó ver con la metralleta por delante.

Los dos centinelas oyeron sus pasos y alzaron los ojos.

—A callar, chicos —dijo Walt—. Y tú, gordinflón, si te veo poner el dedo en el gatillo te parto por la mitad.

El gordinflón se había quedado como estaba, pero su compañero dejó caer la revista y movió la mano hacia la axila.

Walt chascó la lengua.

—No, muchacho, de eso nada.

Cuando el otro hubo quedado quieto, agregó:

—Tira la pistola, gordinflón.

El aludido abrió la mano y su arma golpeó en la alfombra.

—Vamos, arriba. Portaros bien y os daré luego un regalo.

Los dos hombres se levantaron de la silla y ascendieron la escalera. Walt fue tras de ellos sin dejar de apuntarlos.

—Me interesa la puerta del fondo —dijo Shannon.

Pasaron de largo frente a la puerta que correspondía a la habitación donde se encontraba Kessel.

Walt hizo una señal con su arma para que los dos fulanos se apartasen. Pero de repente ocurrió lo imprevisto. Se oyó un disparo en la estancia de Burke y en la madera se produjo un agujero.

Shannon mandó una ráfaga.

Del interior le llegó el grito de un moribundo.

Abrió la puerta de un patadón y vio a Harold en el suelo en medio de un charco de sangre. Conservaba todavía la pistola en la diestra. Burke se encontraba inmóvil en la cama.

Se abrió la puerta adyacente y apareció Kessel, el cual quedó asombrado al ver al joven en el corredor.

—¿Tiene miedo, doctor?

—No, en absoluto.

—Magnífico, quédese junto a Burke. Ahí tiene una pistola. No vacile en utilizarla si las cosas se ponen feas. —No me gustan las armas.

—Ahora se trata de su vida, doctor Kessel. No sé qué habrá pensado respecto a su futuro, pero puede tener la seguridad de que, cuando haya conseguido hacer recuperar la memoria a Burke, Rice acabará con usted.

—Tiene razón —convino Kessel, y se apoderó del arma que le había ofrecido Shannon.

—Así me gusta, doctor —sonrió Walt, y cerró la puerta.

El gordito y su compañero estaban en el mismo sitio, las manos apartadas del cuerpo. En el resto de la casa se había hecho un profundo silencio.

—Ya terminamos aquí, muchachos. Ahora vamos abajo. Vosotros delante.

El gordito asintió con la cabeza y echaron a andar precediendo a Walt.

Llegaron al comienzo de la escalera y sonó un tableteo en el vestíbulo.

Los dos prisioneros de Shannon se estremecieron al recibir en su cuerpo la granizada de balas, pero Walt se había arrojado ya al suelo.

El gordito descendió por la escalera como una pelota maciza. Se hizo otro silencio.

Shannon se arrastró hasta los barrotes de la escalera.

Asomó el hocico de su metralleta.

Por una esquina saltó un tipo enviando una ráfaga, pero el *gángster* disparó alocadamente y las balas golpearon contra la pared.

Shannon no falló. Los plomos que escupió su metralleta mordieron la carne del tipo que cayó en el suelo retorciéndose.

—¡Ahora, muchachos! ¡Todos a una! —gritó Pat Rice.

Dos individuos aparecieron corriendo por la parte donde se ubicaba el gabinete que Shannon ya conocía.

Pero también Pat Rice quiso contribuir a acabar con Shannon.

Walt asó materialmente a uno de los fulanos y voló la cabeza del otro. Pat Rice fue el último en aparecer. Resultó una suerte para él que tropezase con la alfombra, porque la ráfaga a él dirigida pasó por encima de su cabeza. Sólo una bala lo cazó en el brazo. Era con el que sujetaba la pistola y la perdió.

—¡No tire, muchacho! —gritó lleno de pavor.

Walt calculó que ya no quedaba ningún enemigo. Sin embargo, descendió por la escalera con el arma lista para emplearla.

Pat se había sentado en la alfombra y se contemplaba el brazo en el que tenía el agujero.

Sylvia estaba junto a la puerta del gabinete. Su cara tenía el color del yeso.

Leda apareció por el hueco de la cocina.

—¡Usted estaba muerto, Shannon! —gritó Pat Rice—. Y yo no creo en las resurrecciones.

Una voz contestó desde arriba, la del doctor Kessel:

—Yo se lo aclararé, señor Rice. Cuando Shannon estaba tendido en el suelo, le metí en la boca una cápsula de un compuesto químico que produce el mismo efecto que la muerte. Al menos, en apariencia. El corazón de Shannon nunca se detuvo, siguió latiendo aunque tan débilmente que sólo se podía haber percibido con un estetoscopio... Pero debo agregar que sólo utilicé la cápsula ocasionalmente, ya que la había destinado a mí mismo por si la necesitaba.

Leda puso un brazo en jarras sonriendo a Pat.

—Así pago yo a los traidores.

Rice la miró con ojos relampagueantes.

—Fuiste tú quien le echó una mano...

—Sí, querido. Nunca me ha gustado ser sustituida por ninguna otra mujer... Debiste tenerlo en cuenta. Ahora Shannon recuperará el millón de dólares y tú no verás un solo centavo.

—¡Maldita...!

—¿Te gusta, Pat...? ¡Rabia como un perro!

—¡Ese dinero era mío...! ¡Me pertenece...! ¡No consentirá que nadie lo toque!

—Ya no podrás hacer nada... Shannon ha hecho un pacto conmigo. No me llevaré el millón, pero saldré libre con buena bolsa.

El doctor Kessel estaba descendiendo la escalera.

—Voy a amargarle este gran momento suyo, Leda. Usted tampoco tendrá el dinero.

Todos miraron al doctor.

—¿Qué está diciendo, doctor Kessel? —inquirió Leda.

—George Burke jamás recuperará la memoria.

—¡Mentira...! ¡Me está engañando!

—Fue antes cuando les mentí. Pero no tuve más remedio que hacerlo... Examiné bien a Burke. Su caso no tiene solución, pero no podía decir la verdad. Rice no habría vacilado en matar a Burke y eso no lo podía consentir. Hace un momento el señor Shannon me decía que también me habría matado a mí, y estoy seguro de que así habría sido. Por eso inventé la droga.

—¿Dice que la inventó?

—Sí, Pat, el «Dipinal» no existe. Se me ocurrió decir que se fabricaba en el Japón porque pensé que usted tendría dificultades para cerciorarse de la verdad. Aunque más tarde me di cuenta de que mi estratagema serviría para muy poco tiempo.

Pat se echó a reír.

—Eh, Leda, ¿no te divierte eso...? Ibas a tener al fin el dinero... Y yo antes iba a tener un millón... He invertido una fortuna... en curar a Burke... En hacer que mis muchachos investiguen... y no sirvió de nada...

Leda se acercó al doctor Kessel con la cara transfigurada.

—¡No es cierto...! Usted querrá ahora llevarse a Burke a su sanatorio particular. Le devolverá la memoria... Ése es su plan, doctor Kessel... Quiere el millón para usted solo. Así no repartirá con nadie...

—Lo siento, Leda, pero debo advertirle que mi fortuna particular asciende a más de un millón de dólares. No tengo hijos y he hecho testamento en favor de una institución de medicina... No me interesa el dinero.

Leda observó el rostro sereno del doctor Kessel y retrocedió llena de furia.

—¡Eres un estúpido, Pat...!

Rice seguía riendo. Cada vez lo hacía con más fuerza. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—He matado a unas cuantas personas, he luchado por recuperar el millón y ahora resulta que se perdió hace mucho tiempo... ¿No lo encuentras divertido, Leda? Es lo más gracioso que he oído en mi vida.

En aquel momento se oyó una sirena. El doctor Kessel dijo:

—Hice una llamada telefónica a la policía.

Shannon se encontraba tendido en el lecho de su habitación. Fumaba un cigarrillo. De pronto sonó la campanilla del teléfono.

—¿Si?

—Shannon, aquí Mac.

—¿Cómo está, primo Mac?

—Le llamo desde el aeropuerto. Imagino que debe estar muy triste.

—Sólo un poco, primo Mac.

—Lizzie se viene conmigo y eso le debe doler mucho.

—Estaba acostumbrado a la idea.

—No debió poner los ojos en ella. Usted sólo es un aventurero.

—¿Sólo me llamó para decirme eso?

—Sí, me gusta que a la gente se le retuerzan las tripas.

—De acuerdo, Mac. Fue muy atento por su parte.

—¿Quiere decirme algo especial para ella?

—No, para ella no. Sólo para usted, primo Mac... ¡Váyase al infierno, hijo de perra!

Shannon colgó arrojando luego el cigarrillo contra la pared. Tenía sueño y no tardó en conciliarlo.

De pronto, despertó bajo la sensación de que no se encontraba solo en la estancia. Era una especie de sexto sentido que nunca le fallaba.

Se volvió lentamente y quedóse inmóvil al ver a Lizzie sentada en una silla.

—Hola, Walt...

—¿Qué haces aquí? Creí que estarías volando hacia Nueva York... Hace rato, Mac me llamó para anunciarme que emprendías el vuelo.

—Lo compré.

—¿Qué?

—Primo Mac sólo pretendía que yo lo nombrase director gerente de alguna de las fábricas que., cuando sea mayor de edad, heredaré. Le he firmado un contrato por veinte años.

—A Mac le voy a romper yo las narices —repuso Walt poniéndose en pie.

—Walt... No es un precio demasiado caro... Soy una buena negociante, ¿sabes? Firmé el contrato con Mac, pero él nos va a prestar su ayuda.

—¿Su ayuda...? ¿Para qué?

—Nos apoyará en el consejo de familia cuando les anunciemos nuestro matrimonio. —¿Qué locura es ésa?

—Nuestro matrimonio —repitió ella, y se puso de puntillas besándolo en la boca—. ¿No me aceptas, Walt...? He oído decir que todo soldado de fortuna le llega el momento en que desea un hogar..., una mujer..., unos hijos...

Shannon la miró un rato y, finalmente, dijo:

—Y dinero.

Entonces rodeó a Lizzie con sus brazos y la besó en los labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).